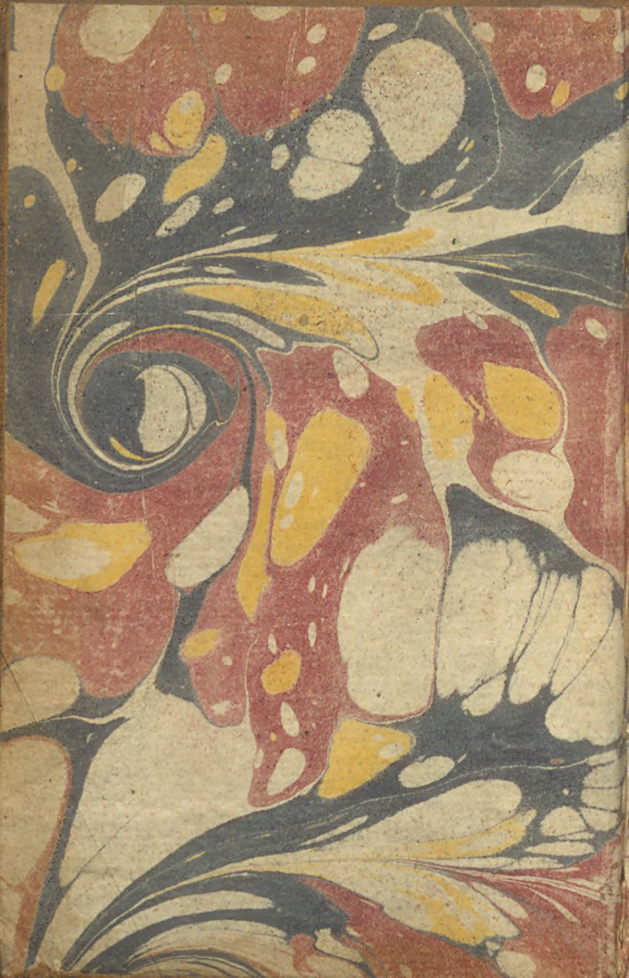








A. Rodriguez del. MADRID. Por Repulles 1816. F. de P. Martí f.t

Se hallará en la librería de Orea Calle de la Montera frente de S. Luis

ARGUMENTO DE ESTE POEMA.

Salicio y Coridon, ricos labradores, ganaderos, y ancianos instruidos y honrados, se encuentran casualmente en un frondoso valle, y sentados á la márgen de un arroyo debaxo de un árbol, se cuentan mútuamente la felicidad que gozan en sus respectivos lugares y destinos, con algunas máxîmas morales, que perfeccionan su quietud.

Ah Corte! ¡ah confusion! ¿quién te desea!

LUPERCIO ARGENSOLA.



Primera division.

Cuenta Salicio los empleos en que se exercita dia y noche, y Coridon las cosas que observa, y le divierten en su casa de campo en las quatro estaciones del año. Sigue Salicio contando un paseo que hace á su viña en una madrugada, y Coridon un dia de vendimia.

PRIMERA DIVISION.

SALICIO.

Pues la naturaleza nos ofrece,
amigo Coridon, en este prado,
de mil flores sembrado,
asiento fresco y comodo reposo,
disfrutémosle al pie de este frondoso
y floreciente fresno con descanso;
y al suave compas del ruido manso
de esta clara corriente,
los dos repasaremos mútuamente,
pues la estacion templada nos convida,
la quietud que gozamos de una vida
distante del bullicio y de la saña,
tú en tu corta cabaña,
y yo con fe sencilla,
en el breve recinto de esa villa.

CORIDON.

Así lo haré, Salicio venturoso,
escuchándote atento y cuidadoso,
que yo tambien contigo iré alternando,
y despacio contando,
aunque con rudo estilo,
la que gozo tranquilo,
y verás que á la tuya en nada cede:
gracias á Dios que así me la concede.

SALICIO.

Yo te oiré contento;
y pues he de empezar, estame atento:
apénas la temprana luz dudosa
de la aurora risueña y deliciosa,
con su halagüeña claridad escasa,
alumbra las ventanas de mi casa,
despierto con descuido

á el inocente ruido
del desvelado canto de algun gallo,
animoso relincho de un caballo,
bramido de un becerro,
arrogante ladrido de algun perro,
rebuzno de algun burro,
al gorgeo y susurro
del gorrion, vencejo y golondrina,
ó al golpe con que cierne una vecina.
Me incorporo en la cama, donde atento
escucho muy contento
al robusto gañan, que con las yuntas
preparadas y juntas,
uncidas con el yugo bien atado,
arrastrando el arado,
para el cultivo del ameno valle,
pasa cantando por mi propia calle.
Me levanto despues, y desayuno;
y en el libro oportuno,
que hallo mas á la mano,
rezo las devociones de cristiano.

Llega luego jugando hácia mi mesa,
y la mano me besa
algun hijo pequeño y agraciado,
que viene acompañado
de otros algunos niños;
y yo á todos les hago mil cariños.
Leo y escribo algo,
y á la calle me salgo:
á la puerta me siento en algun poyo,
enfrente de un arroyo,
y saludando alegre á las vecinas,
á mis propias gallinas
con regocijo llamo,
ellas á mi reclamo
llegan, y me rodean codiciosas,
buscando presurosas
las migajas de pan, y el suelto grano,
que las arrojo por mi propia mano.
Paso luego al nidal, donde calientes
hallo los frescos huevos trasparentes,
tomando alegremente los que hallo

por mas que grita y alborota el gallo.
Apénas el quadrante mas seguro,
que en algun viejo múro
de un castillo caido y derrotado
de tiempo inmemorial está fixado,
señala la estacion del mediodia,
me retiro á comer con alegría,
y á la mesa me siento
con gana, con quietud, paz y contento.
Por la misma ventana de mi sala,
con arrogante gala,
de limon una rama se introduce,
que franca me conduce,
á mi mesa sentado,
el fruto regalado
con que el caldo sazono;
y en un verde peral, con dulce tono,
algun páxaro canta, cuyo acento
me llena de contento;
y á escucharle gozoso me convida
todo el tiempo que dura la comida.

Con gala floreciente
se presenta igualmente,
en forma de dosel, sobre la puerta,
que sale de mi quarto hácia la huerta,
una parra frondosa,
abundante y viciosa,
cuyo sabroso fruto
desde mi propio asiento le disfruto:
en el Marzo feliz sobre una silla,
con la corba cuchilla
por mi mano la podo,
y los sarmientos guio y acomodo:
de racimos se cubre,
que vendimio en Setiembre ó en Octubre:
regalo á los vecinos y parientes,
al médico, y al cura, y otras gentes;
y despues que les dexo satisfechos,
cuelgo el sobrante de mis altos techos,
en donde se conservan todo el año,
libres de corrupcion y otro daño.
Luego en la bella huerta me paseo,

donde inocente me recreo;
y con alguna caña muy ligera,
al pie de una poblada y alta higuera,
voy tentando los higos poco á poco:
los mas crecidos toco,
hasta que me aseguro,
y derribo el mas blando y mas maduro.
Paso desde allí al árbol mas frondoso,
y atento y cuidadoso
le rodeo y le miro:
de alguna rama tiro;
y escogiendo la pera ó la manzana,
alcanzo la mas gorda y la mas sana.
Con atento cuidado,
en otro huertecillo reservado,
abro el estanque, y luego,
guiando el agua, riego
las verduras y frescas ensaladas,
por mi mano plantadas,
que por las tardes tomo,
y bien aderezadas me las como.

...

De algun frondoso tiesto en los verdores
escojo algunas flores,
que por mi propia mano voy cortando,
y en un vaso de vidrio acomodando;
y al punto que con arte las dispongo,
en mi quarto las pongo
sobre alguna repisa,
ó de algun escritorio en la cornisa.
Salgo luego á paseo,
llevando en el bolsillo con aseo
la almendra, el higo y pasa,
que saco de mi casa;
y en el agua corriente
de una pequeña fuente,
al pie de un alcornoque, ó un acebo,
alegremente bebo
por un vaso, que llevo prevenido,
de cuerno muy labrado y muy pulido.
Luego por un atajo
hácia un valle me baxo,
y enfrente de una punta,

donde el monte se junta,
me siento recatado y prevenido,
esperando al conejo, que al descuido,
al tiempo que ya el dia se obscurece,
en la verde pradera se aparece
á pacer la crecida y fresca yerba,
que en la siesta dexó la esquiva cierva:
prevengo el arcabuz quando le miro,
con acierto le tiro,
le mato, me le traigo, y me le ceno,
unas veces asado, otras relleno.
El resto de la noche alegremente
me da conversacion alguna gente,
y sus horas engaño,
sentado en un escaño,
sobre el suave junco y la espadaña,
que con graciosa maña,
en manojos unidos,
y con firme tomiza entretexidos,
sirven á mi reposo,
y descanso tranquilo y delicioso,

de colchones tan cómodos, que en suma
me parecen mas blandos que la pluma.
Unos ratos durmiendo; otros velando,
alguna buena vieja que está hilando,
me cuenta algunos cuentos escogidos,
de su madre y abuelas aprendidos,
con mil supersticiones,
vanas observaciones,
falsas patrañas, fábulas y engaños
que ha oido en el discurso de sus años.
Suele venir despues el cirujano,
alcalde, regidores y escribano;
y formando entre todos un partido,
jugamos algun juego entretenido:
y al punto que me viene el sueño manso,
sin fatiga ni afan duermo y descanso.

CORIDON.

Mi rústica cabaña me promete
el término feliz de mi deseo:

solo desde ella veo,
á su pequeña sombra recostado,
en los recientes surcos del arado
hambrientos paxarillos,
que buscan los pequeños insectillos;
y al manchado gilguero
sobre un cardo ligero,
que cantando se mece,
y mi tranquilo espíritu adormece.
Allí veo á la cabra que retoza,
y con el cabritillo se alboroza:
la teta le descubre,
y él chupa el dulce xugo de la hubre.
Mi robusto zagal al valle baxa,
y con la honda ataja
el sediento ganado:
toma luego un bocado,
y el perro que le acecha,
á el ver el duro hueso que desecha,
mueve la cola con donayre y gala,
llega, lame, le come, y se regala.

Allí se aposa el buytre en la colina,
satisfecho de carne mortecina:
la paloma se sienta en el secano,
y en el sembrado surco busca el grano;
recelosa se espanta,
y al punto toma vuelo y se levanta.
El gavilan, astuto y arrestado,
sorprende al paxarillo descuidado;
y ántes que nadie por allí se asome,
le despluma, le trincha y se le come.
Allí vuelan ligeros los zorzales
entre olivos, castaños y nogales;
y el cuco y la abubilla placentera
anuncian la temprana primavera;
y al compas de su canto
de mil flores se cubre el verde manto.
El verderon, triguero y el pardillo,
herreruelo, pinzon y verdecillo,
de la hembra al reclamo,
cada qual en un ramo
del almendro florido,

entona su cancion muy presumido;
y la hermosa oropéndola dorada
canta sobre una higuera descuidada.
La tórtola amorosa,
arrullando á su esposa,
hace con voz amable
la estacion del Abril mas agradable,
y en la oliva sombría
pasa en dulces arrullos todo el dia.
El ruiseñor zeloso y escondido,
del despeñado arroyo al dulce ruido,
con silvo delicioso,
halagüeño y gracioso,
apura los primores de sus fauces
entre los verdes chopos y los sauces;
y al fin, del ave hermosa,
no hay cancion prodigiosa
que alternativamente no se escuche
en el verde moral, y el acebuche.
El gorrion, astuto y placentero,
anida en la pared de mi granero;

y la casera alegre golondrina
en mi franca cocina
busca el antiguo nido
de artificioso barro endurecido:
canta al reir la aurora,
y despierta al pastor con voz sonora.
La nocturna corneja
en tono melancólico se queja
sobre el antiguo resto de una ruina,
ó el desmochado tronco de una encina;
y el carabo despierto,
en el rudo y desierto
monte mas solitario,
con canto extraordinario,
desde la media noche á la mañana,
imitando la triste voz humana,
con graznido espantoso
hace el obscuro valle mas medroso;
y con el fuerte hubo, rey nocturno,
interpola su canto por su turno,
entre espesos y rudos encinares,

ásperos alcornoques y pinares,
quejigos, ojaranzos, carrasqueras,
robles, y entretexidas madroñeras.
Grita el vago chorlito receloso
en el hondo terreno pantanoso;
y en el cieno y la arena
canta la verde rana muy serena;
y el sapo ojisaltado,
la oscucha adormecido y sosegado.
Allí el viento sereno
mueve la larga paja del centeno;
y los crecidos trigos y cebadas
hacen como del mar sus oleadas;
con cuyo movimiento luce y brilla
la amapola y la flor de la neguilla.
En el corto ribazo de un cerrillo
suele cantar el grillo,
y otro qualquier insecto, que allí encierra
el taladrado seno de la tierra.
En el verano salta la langosta,
á quien toda la selva viene angosta;

y la oficiosa hormiga sube y baxa
con el molesto estorbo de una paja.
La simple mariposa
en la malva reposa;
y el feo escarabajo reculando,
bolas que fabricó lleva rodando.
El caracol, lombriz y cochinillas
se ocultan en las frescas yerbecillas;
y el pulgon se amontona muy contento
en los tiernos cogollos del sarmiento.
La crecida cigüeña
á el valle se despeña,
y entre las sueltas guijas
busca las venenosas sabandijas;
y al rededor de algunos torreones
las rápidas vandadas de aviones
dan alegres mil vueltas al texado
en la ligera forma de un nublado.
El pastor en la cumbre
busca para la lumbre
las mas secas boñigas,

carcomidas de insectos y de hormigas.
Canta la espigadora,
y el segador alegre la enamora;
el borrico rebuzna, ladra un perro,
y algun guarda vocea desde un cerro.
Mi gañan en la era,
en la estacion mas rígida y severa,
se cansa y se reclina
sobre los secos haces de una hacina:
otro algun jornalero
desabrocha ligero
el cerdoso y tostado,
fuerte, robusto pecho acalorado;
y en la trillada parva con donayre
de la menuda paja puebla el ayre:
dexa el bieldo cansado,
y el semblante sudado
enxuga con la mano simplemente,
y se sienta á comer alegremente,
mitigando la sed que le sufoca
de un cántaro quebrado por la boca:

duerme despues con paz y con descuido,
pues no escucha mas ruido
que el de algun estallido de escopeta,
ó el cencerro del buey de la carreta.
En el otoño triste,
quando ya desmayada no resiste
la macilenta hoja,
el ayre la despoja,
y la esparce al impulso violento
del agitado viento
por la vaga region, y conducida
en forma desunida,
figuran sus colores amarillos
vandadas de pintados paxarillos,
que cayendo despues desaparecen,
y los caminos cubren y guarnecen.
El mirlo en el zarzal alegre mora,
picando la madura zarzomora;
y el pardo picafigo
rompe la tierna cascara del higo:
mientras pasa la grulla remontada,

dando roncos graznidos, y en vandada,
figura con las líneas que despliega
la forma artificial de letra griega.
En los sutiles hilos plateados,
que por el ayre vuelan sosegados,
se ofrece la señal mas verdadera
de una enxuta y templada sementera;
y á las primeras lluvias competentes,
retoñando los campos florecientes,
proporcionan el pasto regalado
para la paridera del ganado;
y dexando la uva mas xugosa,
hacemos la vendimia ventajosa.
Á el novillo le ofrece dulce estancia
del mal enxuto heno la fragancia;
y allí sanea el viento
su abundante aromático excremento.
Ligeramente atado
á el rudo comedero del tinado,
por la parida vaca brama el choto,
y ella pace en los valles de aquel soto.

El arrollado erizo con desvelo
se revuelca en el suelo,
y despues va cargado
del fruto colorado
del maduro madroño,
portatil ramillete del otoño.
Tambien suele salir de un agugero,
donde tiene su antiguo criadero,
la abispa jaspeada,
volando hácia una parra sosegada,
y la ofrece alimento delicado
el maduro racimo remostado.
En los revueltos dias del Setiembre,
ó del vario Noviembre,
para el nuevo cultivo de la tierra,
mirando hácia la sierra,
despues de puesto el sol, ó á la mañana,
en quanto alcanza la razon humana,
con la adquirida ciencia,
de una larga experiencia,
pronostico á mis gentes,

por las señales que se ven patentes
en las obscuras nubes y las rubias,
los secos temporales ó las lluvias.
Con la humedad seguida del invierno,
entre algunos cascotes y algun cuerno,
nace al pie de un lindazo
el beleño, la hortiga y el lampazo;
y por las aberturas de una roca
la cornicabra con la higuera loca,
guarneciendo los hondos de la selva
el tamujo, la zarza y madreselva,
con otros vegetales, que agitados
por los soplos del viento, y rociados
del polvo de sus flores se fecundan,
y en el valle que inundan,
del zéfiro movidos,
á sus tiempos debidos,
mútuamente se halagan,
y en recíprocos sexôs se propagan.
La chocha en el terreno pantanoso
chupa el humor xugoso;

y allí la agachadiza, y ave fria,
la hacen dulce y estrecha compañía.
Con la blanca garzota,
la ortega, alcaravan, y paviota,
francolin, zarapito, y ganga parda,
el anade, sison, y la abutarda,
volando mas ligeros con el frio,
la mansa cogujada, y anda-rio.
El javalí se oculta en los jarales,
y se encama en los altos matorrales;
y el ligero venado,
de ayrosas y altas puntas coronado,
en la rústica encina las sacude,
y á los troncos acude
del mas verde recinto,
por natural instinto,
donde las nuevas astas aporrea,
y los tiernos pitones descorrea,
miéntras la cierva brama,
y el gamo se alimenta de la grama.
Á el árbol mas crecido y mas frondoso,

que se obstentó pomposo
en la estacion templada,
el soplo penetrante de una helada
arrebatadamente le despoja
del natural adorno de la hoja,
viendo marchito y pálido á su falda
el brillante esplendor de su esmeralda;
aquel, que el valle asombra,
y á cuya fresca somb
en la menuda yerba reclinado,
descansó el pasagero acalorado;
aquel, que con gorgeos tan suaves
habitáron las aves,
quando se vió florido,
se mira consumido,
árido y extenuado,
vegetal esqueleto de aquel prado;
y el nido, que algun cauto paxarillo
en lo mas escondido de un ramillo
fabricó por Abril con gran esmero,
le descubre el Diciembre y el Enero.

SALICIO.

Yo en alguna mañana arrebolada,
á mi viña me voy de madrugada,
en el templado Junio, en que florida,
su verdor y fragancia me convida
á respirar contento
los aromas que esparce por el viento;
y enmedio del camino,
en la fresca cañada de un hocino,
ó de un valle frondoso,
oigo cantar con silvo delicioso
la parda totovía
luego que rompe el dia;
siendo en voces suaves,
entre todas las aves,
la primera cantora
que saluda los rayos de la aurora.
Sobre la fresca yerba mas reciente
voy pisando las flores blandamente;

y en las travadas ramas que desvío
humedezco los pies con el rocío,
que en esféricas gotas cristalinas
hermosea sus hojas peregrinas;
viendo con alegría, y contemplando
cómo van por el suelo caminando
el roxo insecto, y oficiosa hormiga,
que entre sus senos rústicos se abriga.
Tambien por un sendero
oigo el ruido rastrero
de la suelta culebra, que pisada,
huye de mí asustada,
sacudiendo la escama que ha mudado
entre algunos arbustos de aquel prado.
Luego alzando la vista,
voy pasando revista
á el árbol que galan se manifiesta
en la pendiente cuesta,
hasta que alcanzo á ver desde el camino,
sobre el copado pino,
el nido de algun cuervo, que graznando,

por el ayre girando
en desiguales vuelos,
lleva el cebo abundante á sus hijuelos,
que estirando los cuellos se aperciben,
y con el pico abierto le reciben.
Despues junto algun rio caudaloso,
en el sombrío soto mas frondoso,
escondido diviso
en la ligera rama de un aliso,
algun pequeño nido de gilguero,
que movido del ayre lisongero
con la agitada rama,
en la inocente cama,
donde el templado viento
ofrece con su dulce movimiento
á los tiernos polluelos blanda cuna,
con tranquila fortuna,
en tanto que los padres cuidadosos
se alejan presurosos
con vuelo dilatado,
y en busca de algun cebo regalado

emplean su desvelo diligente,
ellos duermen en él cómodamente.
Luego entre la arboleda mas espesa
de alguna solitaria y gran dehesa,
á muy larga distancia,
suelo escuchar la ruda consonancia
del tordo, la picaza y el mohino,
y el silvo peregrino
del negro solitario,
entre el arrullo vario
de la torcaz paloma,
que en el mas alto roble asiento toma.
Tambien suele escucharse de muy léjos,
en los árboles viejos,
el golpe de algun hacha ó podadera,
con que del rudo bosque en la ladera
el labrador con fuerza peregrina
corta la seca leña de la encina.
Y al fin sobre una altura
de la verde espesura
algun árbol se ve, que con desmayo

ofrece la señal que dexó un rayo;
y una cruz el parage determina
de la trágica muerte repentina,
en alguna inscripcion muy mal grabada
de las lluvias y el sol medio borrada.
Quando ya va el calor tomando aumento,
me retiro contento,
y del verde romero y el tomillo,
el oloroso trebol y el junquillo,
la fragante y dorada manzanilla,
mejorana, cantueso y escobilla,
y otras yerbas crecidas y viciosas,
medicinales, frescas y olorosas,
que en el campo he pisado,
se me llena de aromas el calzado;
que quando llego á casa, y me le quito,
sanea el aposento donde habito,
y arrimado á un rincon, ó adonde quiera,
me sirve de perfume y de junciera.

CORIDON.

Yo en el dia que atento
destino á la vendimia muy contento,
con ademan tranquilo y sosegado,
dulcemente sentado
sobre el blando despojo
de las floridas ramas del hinojo,
á la sombra ligera
de un ingerto peral ó de una higuera,
despues de dar la órden competente,
despacho alegremente
á mis vendimiadores,
que adornados de flores,
me traen los racimos mas dorados,
de mis parras cortados;
y en los crecidos cestos,
en que confusamente vienen puestos,
los voy alegremente registrando,
y en distintos beuños separando.

Luego en algun labrado canastillo,
con afecto sencillo,
una bella y leal rebuscadora,
(de los frutos que dora
el abrasado estío en el manzano)
me suele presentar con grata mano
una porcion crecida,
madura y escogida,
trayendo á el mismo tiempo incorporados
los hoñigales higos abultados,
cuya gruesa corteza,
labrada con hermosa gentileza,
de rayas verdes, negras y moradas,
me ofrece por las dulces y encarnadas
melosas aberturas
de sus entrañas puras,
para brindarme el apetito y gana,
un color mas hermoso que la grana;
y yo secretamente (agradecido)
le mando á un jornalero que al descuido
dexe en algunas cepas abundantes

los mejores racimos por sobrantes,
para que ella los halle sin trabajo
en recompensa fiel de su agasajo.
Luego veo á mi gente,
que con arte y aliño diligente
va cubriendo las cargas
con retamas amargas:
y apénas van llegando,
y la madura uva descargando
en mis limpios lagares,
con diestros artificios singulares,
exprimiéndola van, y alegre veo
correr con gran aseo
el dulce mosto de las sanas uvas,
hasta los anchos senos de mis cubas;
y del vino mas puro y regalado
en mis hondas bodegas encerrado,
reservo el mas añejo y exquisito
para mi propio uso y apetito.
Luego voy en montones apartando
las frutas del invierno, y preparando,

en blancos y doblados papelillos,
dulces cascabelillos,
las sanas amacenas;
y colgando las buenas
y gruesas vergamotas,
de mis antiguas vigas medio rotas,
con la uva jaen mas sazonada,
el melon, el membrillo y la granada;
tendiendo sobre paja muy espesa
la esperiega, naranjas y camuesa;
y dexando los higos mas crecidos
á el sol en las paseras esparcidos,
con lo demas que en cómodo intervalo
me sirve en el Diciembre de regalo.



Segunda division.

Cordon y Salicio cuentan algunas diversiones de caza y pesca, y otras de ir a ver sus ganados, labores, esquileos, colmenas, y gusanos de seda.

SEGUNDA DIVISION.

SALICIO.

Yo con otros amigos algun dia
dispongo una distante cacería,
y por llanos y cerros
llevamos las recobas de los perros,
unos atraillados,
y otros, por ser mas mansos, desatados;
pendiente el polvorin de una correa,
que la espalda y el pecho nos rodea;
cuelga sobre el quadril el cuerno corbo,
y así sin embarazo y sin estorbo,
llevamos en el hombro la escopeta,
y en el cinto las bolsas de baqueta.
Puesta en ala la gente,
se dispone el ojeo diligente;
y segun las antiguas experiencias
de los pasos, huidas y querencias
de las esquivas reses con gran tiento,

guardándolas el viento,
cada qual recatado se coloca
en el oculto puesto que le toca:
siguen despues los gritos y clamores
de los ojeadores,
quál silva, y quál vocea en su fagina,
qual toca un caracol ó una bocina,
con cuyo ruido espanta
á la encamada res, y la levanta.
El cebado sabueso
trepa en el matorral del monte espeso,
y con afan ansioso se apresura,
abriéndose camino en la espesura,
levanta la cabeza, y toma viento,
y á la nariz atento,
animoso persigue y arrestado
a la ligera res que ha levantado:
ella por varios giros,
huyendo amedrentada de los tiros,
dirige su carrera apresurada
por la punta del monte mas cerrada,

á excepcion de la corza y el paleto,
que buscan para huir lo mas escueto;
y así los javalíes y venados,
hácia los puestos van precipitados,
donde vienen á ser, sin saber cómo,
tristes trofeos del ardiente plomo;
qual con la roxa sangre de la herida,
en la tierra teñida,
el rastro va dexando,
y el sabueso ladrando
le persigue por ella,
y sin dexar la huella,
le alcanza en lo mas áspero del monte,
aunque feroz se avance y se remonte,
abriéndose veredas y carriles,
hasta los lagunazos y bañiles.
Luego el ruido se escucha,
con que empieza la lucha
del fiero javalí; que enviste ayrado,
y del perro enojado,
que mas y mas se obstina y enfurece,

hasta que al fin fenece
en el sangriento y rústico cuchillo
del agudo marfil de su colmillo.
En tanto van llegando los lebreles,
rodeándole fieros y crueles,
y de suerte le acosan y maltratan,
que le cansan, le rinden y le matan.
Terciado sobre el lomo de algun macho,
le conduce un muchacho,
y colgando por una y otra parte,
sin aliño, sin arte,
salpica ya la mata, ya la roca,
la sangre que destila por la boca.
Despues alegremente repartido,
y en trozos dividido
por el mas diestro brazo,
á cada qual le toca su pedazo:
qual le sala y le cuelga,
y en mirarle se huelga;
y quál, con apetito y alegría,
en fresco se le come á el otro dia.

CORIDON.

Yo dispongo tambien ir otro rato
con el mismo aparato,
á la caza menuda,
quando el viento me ayuda;
y veo con despejo
á el alegre conejo,
que en algun bermejal de aquellos altos
da carreras y saltos,
las orejas levanta y se encabrita,
royendo la carrasca y gamonita,
la charneca, chaparro y jaracepa,
y como bien le sepa,
de todos los renuevos y pimpollos
las recientes cortezas y cogollos.
Quando está mas contento,
se suele recelar, y escucha atento;
y huyendo del podenco que se acerca,
se mete en el vivar que halla mas cerca.

Luego en un pastizal veo tendida
á la liebre dormida,
rodeada de cardos y de abrojos,
con sus abiertos y espantados ojos
(pues en la dura tierra,
aunque dormida esté, nunca los cierra)
en la florida cama,
que suele hacer al pie de la retama,
ó al inocente abrigo
del lentisco, el piorno y cabrahigo:
á el acercarme yo, se pone alerta,
y luego que dispierta,
corre precipitada
de los ligeros galgos acosada.
El perdiguero docil y enseñado,
orejudo y pesado,
conducido del viento,
se pára muy atento
sobre la mata, en donde
á la esquiva perdiz el miedo esconde;
una mano levanta recatado

con atento cuidado,
á mi señal el perro mas se esfuerza,
y sale la perdiz con ruido y fuerza;
yo la tiro, la mato, y ella cae,
y él la busca, la coge, y me la trae.
Los demas, esperando con cachaza,
van matando en sus puestos mucha caza;
y traemos así, sin ir muy léjos,
muchas liebres, perdices y conejos.
Otra alguna mañana clara y fresca,
con la caña, ó la red, vamos á pesca,
trayendo las anguilas y las truchas,
que á veces suelen ser grandes y muchas.
Para el dia siguiente,
con arte diligente,
dexamos los anzuelos preparados,
á los troncos atados
de largos y de recios cordelillos,
cebados con algunos pececillos:
volvemos muy temprano á la mañana,
y encontramos la rana,

la tortuga, la anguila, y varios peces,
presos en los anzuelos las mas veces:
reconocemos ántes
los cordeles tirantes,
que es señal evidente
de que en ellos la pesca está pendiente;
despues los vamos todos registrando,
recogiendo y sacando,
con alegría suma,
de entre las verdes ovas y la espuma;
llenando con la pesca las costeras
de las mimbres silvestres y groseras:
y de estas inocentes diversiones
en las conversaciones
la graciosa memoria renovamos,
y los mejores lances celebramos.

SALICIO.

Yo para mi recreo
salgo algun dia, y veo

á mis vacas crecidas,
por el monte esparcidas,
quál en la yerba pasta,
quál contra un raigon refriega un asta;
quál bebe en un arroyo cristalino,
quál se rasca en el tronco de un espino,
quál el balle pasea,
quál en la baxa encina ramonea,
quál repela la grama,
quál por el choto brama,
y quál se echa rendida
á la sombra texida
del aliso, el taray, y el chopo bello,
y hácia el hombro robusto tercia el cuello:
quál en el ancho rio caudaloso,
con afan presuroso,
dulcemente atraida
de la yerba crecida,
le atraviesa nadando,
y de isleta en isleta va pasando:
luego que entre las flores ha pacido,

y en los verdes helechos ha dormido,
por la frondosa márgen dilatada
camina fatigada
con el crecido peso de la ubre
entre la fresca yerba que la cubre:
quàl celada se junta
á el toro, que bravío la barrunta,
despues de haber herido y ahuyentado
á el endeble novillo acorneado,
que medroso y vencido,
suele de la dehesa andar huido,
acometiendo fiero
al solo y descuidado pasagero,
y bramando de modo,
que hace á veces tembiar el valle todo:
paso de allí ligero
hasta el abrevadero
del ganado de cerda, que á millares
tengo en la montanera y malandares,
donde escucho el grosero
acento de un porquero

que en el rústico tono acostumbrado,
llama el grueso ganado,
y despues que le cuenta,
con diligencia atenta,
á la crecida encina ó alcornoque,
con la enlazada vara da algun toque,
y unas veces de abaxo, otras de arriba,
diligente derriba
la bellota abundante,
con que el ganado ceba vigilante;
y ellos con ruido intrépido gruñendo,
el sazonado fruto van comiendo.
Sigo luego al barbecho, y á la roza,
y desde alguna choza,
si es que llueve y me mojo,
sobre el rudo despojo
de la quemada mata, jara y brezo,
veo arar á mis bueyes de rebezo
por los altos y claros bermejales,
laderas y rejales,
valles y tierras llanas,

arroyadas, umbrías y solanas:
y á mi casa me vuelvo divertido
con mas paz y contento que he salido.

CORIDON.

Yo veo al rabadán de mis ovejas,
que á las nuevas y viejas,
en distintos rebaños va siguiendo,
y á diferentes sitios conduciendo;
y por no estar ocioso,
va torciendo oficioso
con una limpia piedra y grueso arambre
los desunidos hilos del estambre.
En llegando la hora acostumbrada,
se vuelve á la majada
por veredas, senderos y carriles,
y encierra su ganado en los rediles:
los corderos nacidos de aquel dia,
salen con alegria
del sitio donde estaban encerrados,

corriendo apresurados,
cada qual á la madre que le toca;
y entre tantos ninguno la equivoca.
Él ordeña la leche en una herrada,
aunque tosca, muy limpia y aseada,
escogiendo con maña y con prudencia,
segun tiene experiencia,
las ovejas mas gordas y mas sanas,
y hace para cenar las migas canas.
Luego por obsequiarme,
suele rústicamente presentarme
una crecida cuenca rebosada
de reciente quajada;
y á los perros les pone en un caldero
el abundante suero,
que en los cinchos de esparto ha destilado
el queso de aquel dia fabricado.
Otro zagal contento
canta al son de su rústico instrumento;
y en tanto que se aleja
en busca de una oveja,

ó del perdido chivo,
cuelga el tosco rabel de algun olivo,
Allí veo á la cabra desúnida,
ligera y atrevida,
que de el alto rivazo se despeña,
y saltando despues sobre una peña,
suele arrimarse á el árbol mas crecido
de las rusticas vides guarnecido,
y algun largo cogollo del sobrante,
que en gracioso colgante,
está en la amenidad de aquel distrito
brindando de la cabra el apetito,
con el viento feliz que le menea,
junto al frondoso pie se señorea:
ella que ve colgar el ramo bello,
se fixa en los dos pies, y estira el cuello,
en el tronco las manos asegura,
y quando de alcanzarle está segura,
le va á coger con ansia y alegria,
y el ayre al mejor tiempo le desvia:
hace nuevos esfuerzos, y le sigue,

hasta que lo consigue,
pues el viento mas manso,
que le dexa venir á su descanso,
y en su antiguo pendiente le coloca,
se le vuelve á traer hasta la boca,
y ella le alcanza al fin regocijada,
royendo apresurada,
con ademan hambriento,
los pámpanos, las hojas y el sarmiento.
Llega luego el pastor á darme cuenta,
y triste me presenta
de algun primal ó andosco destrozado
el zaleo que el lobo le ha dexado:
viene conmigo á casa,
y mi muger, con mano nada escasa,
le llena diligente
de pan tierno y reciente,
aunque moreno, sano y muy sabroso,
un costal anchuroso,
que él sin mas detencion y sin mas tregua,
carga sobre una yegua,

llevando al mismo tiempó placenteros
dos largos y torcidos aceyteros,
con alguna correa bien atados,
de vinagre y aceyte rebosados;
y en unas limpias cuernas anchurosas
ajos, sal, pimenton, y otras mil cosas.
Otro dia gozoso,
en el tiempo dichoso
que á el esquileo tengo destinado,
los hatos salgo á ver de mi ganado,
por mis diestros pastores conducidos,
que en confusos validos,
por la tierra que huellan,
apresuradamente se atropellan,
caminando á empellones y vayvenes
á enriquecer mis pilas y almacenes;
dexando felizmente atesorados
los crecidos vellones delicados,
que con vicio han criado en tiempo breve
en vedijas mas blancas que la nieve:
y yo con dicha tanta,

en dulce regocijo, y quietud santa,
comiendo con mis gentes
en banquetes y mesas inocentes
(todos aquellos dias venturosos)
los tiernos recentales mas sabrosos,
sin limites aumento
mi descanso, mi paz, y mi contento.

SALICIO.

Yo en las tardes tranquilas y serenas
voy á dar una vuelta á mis colmenas;
y despues de mirarlas con cuidado,
cortando algun renuevo acomodado
de los sauces crecidos,
y dando algunos golpes repetidos
en los corchos porosos,
recojo los enxambres numerosos;
y en el ventoso Marzo
la enxuta y seca cera del escarzo:
luego veo á la abeja,
que oficiosa se aleja,

y en el templado mes de Abril y Mayo
de su dulce panal hace el ensayo,
con arte peregrino,
en la flor del romero y el espino,
del morado cantueso y de la gualda,
y la cera y la miel lleva en la falda.
Despues va susurrando,
y con murmullo blando,
el afelpado cuerpecillo eriza,
y la selva adormece y tranquiliza,
cruzando y discurriendo,
volando á todas partes, y volviendo,
con impulso indeciso,
entre las aulagas y el aliso,
el lentisco, la jara, y en el brezo,
el rústico membrillo y el cerezo.
Suele luego sentarse en la retama,
y gira sin cesar de rama en rama;
pasa de allí oficiosa
á la silvestre rosa,
y en ella diligente

saca el fragante xugo trasparente;
dando de su tarea última mano
en el florido guindo y el manzano.
Toma vuelo otra vez con fuerza y brio,
del quajado rocío,
y el polvo de la flor cargada y llena,
y vuelve al obrador de su colmena;
donde de los recientes materiales
hace graciosamente sus parales,
y de la dulce miel, sabrosa y bella,
llena cada vasito y le resella;
cuya labor y fábrica suave
nadie la ha descubierto, ni la sabe.
Al tiempo señalado,
llegando mi criado,
alguna rubia miel y cera quita,
y la dexa la que ella necesita:
ella en ira se enciende,
y él con mil artificios se defiende,
y si alguna le pica, con la saña,
detrás del aguijon dexa la entraña:

muere quando no piensa,
y paga con la vida la defensa.
El xugoso panal en algun cesto,
de entretexida mimbre en alto puesto,
destila en hilos de oro
el líquido tesoro
que encerro la colmena todo el año,
y un arteson se llena caño á caño:
algun chico goloso,
llegando presuroso,
la chupa con el dedo, y se empalaga,
y en la corriente vaga
del agua cristalina de una fuente
bebe abundantemente,
donde con dulce sed se regodea,
se refresca, se nutre y se sanea.
En los cepos y trampas que prevengo,
y que escondidas tengo
por diferentes sitios y lugares,
caen en mis cerrados colmenares
patialvillos, garduñas y tejones,

astutas comadrejas y turones,
sangrientos gavilanes,
milanos, azorillos y alcotanes,
que despues, por troféo señalado,
cuelgo sobre la puerta de un tinado,
hasta que con las aguas en resumen,
se apolillan, se pelan y consumen.

CORIDON.

Yo en la bella y templada primavera,
luego que brotar veo la morera,
con el calor del pecho lentamente
fecundizo en mi seno la simiente
del gusano de seda laborioso;
y en un sitio abrigado y anchuroso
le voy proporcionando
el cebo de la hoja, y ayudando,
segun el vario estado lo requiere,
toda su maniobra, hasta que muere;
y antes, por raro instinto concluida

despues del largo sueño la subida
á los altos descansos del cañizo,
y entre texidas ramas del carrizo,
formando sutil hebra de la baba,
en el punto que acaba
el cerrado capullo que ha texido,
saliendo en mariposa convertido,
me dexa la simiente renovada
sobre una blanca tela preparada
para este fin precioso; que sin daño
guardo, y vuelve á servir para otro año:
y despues á los tiempos competentes
veo hilar á mis hijas diligentes,
con máquina ingeñiosa,
las hebras de la seda delicjosa,
de la qual por su mano,
durante el claro resto del verano,
en caseros telares, y en los tornos,
labran para su uso mil adornos.



Tercera division.

Cuenta Salicio las costumbres de su pueblo en los dias festivos; y Coridon algunas de su casa de campo: sigue Salicio contando algunos juguetes de muchachos; y Coridon unos sencillos amores pastoriles.

TERCERA DIVISION.

SALICIO.

Quando ya el frio invierno va mediado,
en el Diciembre helado,
llegan las regaladas navidades,
y en su noche feliz las vecindades
se juntan en la casa del anciano
hacendado pariente mas cercano,
y sin miedo, ni escrupulo ninguno
de quebrantar el fiel y santo ayuno,
por abuso y costumbre inveterada,
del tiempo autorizada,
hacen las colaciones mas cumplidas,
que suelen ser sus cenas y comidas.
Á la mesa se sirve en varios platos,
con simples aparatos,
el aguamiel, arrope, y el uvate,
la jaléa, alaju, y el piñonate,
una sopa dorada

de blanca miel y almendra machacada,
el turron de melcocha, y las rosquillas,
y las dulces camuesas amarillas,
uvas, peros, castañas y granadas,
y abundantes y frescas ensaladas;
siendo el último postre y agasajo
una crecida fuente del cascajo,
de los piñones, nueces y avellanas,
y otras frutas sabrosas y muy sanas;
sin que falte algun vino regalado
con fragante canela aderezado;
y comiendo y bebiendo francamente,
entretienen la noche alegremente.
Luego que pasan las carnestolendas,
sus burlas, diversiones y contiendas,
llega de la quaresma el tiempo santo,
y devoto algun tanto,
exercito sus dias oportunos
en los santos ayunos;
comiendo de los peces que en sí encierra
el abundante rio de esta tierra,

con el silvestre espárrago de trigo,
la nuez, la pasa, el higo,
la madura camuesa, y pero tierno,
y otras curadas frutas del invierno.
El sábado de ramos diligente,
para el dia siguiente,
de mis propias olivas corto ramos,
y el cura y yo los damos
á la sencilla gente,
que llena de fervor, devotamente
celebra de este dia señalado
la ceremonia y rito acostumbrado;
y despues de servir, y estar benditos,
para las tempestades y conflictos,
con intencion sencilla, y con fe sana,
ponen todo aquel año a la ventana.
Sigue el devoto tiempo, y entretanto
llega el dia por fin de juéves santo,
y en su solemne misa atentamente,
quando ve el mayordomo que la gente,
para la procesion se ha preparado,

con ademan honrado,
sin que yo lo insinúe, ni lo pida,
con la vara del palio me convida.
Liega la pasqua, y en su alegre dia
el prioste de alguna cofradía
me suele regalar un quarto entero
del mas grueso carnero,
una rosca labrada,
y una gran empanada,
algun dulce pernil de buen tocino,
con algun botijon de rico vino.
Por la tarde, de cintas y de flores,
y de otros mil primores,
los jovenes adornan un cordero,
que corriendo ligero
en el mas dilatado y llano egido,
por ellos perseguido,
sirve de premio del que mas se abanza,
y primero le alcanza,
quitándole las cintas que tenia;
y en aquel mismo dia,

en señal de su triunfo y de su gala,
á la inocente novia las regala.
En el Mayo florido,
con gozo desmedido,
para adornar las cruces de las calles,
se baxan á los valles
los chicos y las chicas,
trayendo alegremente en las borricas
los haces de la juncia y junco hermoso,
el mastranzo frondoso,
con todo lo demas que el campo asombra,
y esparcen en las calles por alfombra.
En distintos texidos y juguetes
hacen mil ramilletes
de la silvestre rosa,
el campesino lirio, escabiosa,
la rústica escobilla,
magarza, torongil y manzanilla,
amapola encarnada,
y de la flor morada
del romero florido y espigado,

y el vástago medrado
de crecido cantueso y madreselva,
y lo demas que encuentran en la selva.
Con estas diversiones y aparato
suelen llegar despues de largo rato,
y con flores las cruces hermosean,
y de cintas y lazos las rodean
sobre un lienzo pintado
en la pared clavado,
con alguna telliz, puesta de modo,
que en forma de dosel lo cubre todo.
Los jovenes del pueblo desvelados,
pasan regocijados
toda la noche placida y serena
cantando alguna nueva cantilena
hasta que rompe el alva,
con cuya dulce salva
a dormir sin afan se restituyen,
y las mozas allí los substituyen
con panderos sonoros,
y en inocentes coros,

y regocijos santos,
celebran la funcion con dulces cantos;
y el pequeño lugar en aquel dia
todo es gala, descanso y alegría.
Enfrente de la cruz ponen un tronco
del mas crecido sauce, ó pino bronco,
con gracioso primor aderezado,
y de flores sembrado:
al rededor del qual hacen mudanzas,
y la tarde se pasa en simples danzas.
Llega el dia del Corpus deseado,
y en su tiempo festivo y celebrado
el regocijo crece de las gentes
con el florido adorno de las fuentes,
músicas inocentes y graciosas,
acostumbradas danzas ingeniosas,
paredes adornadas
de las ramas frondosas y pobladas
de los álamos, fresnos y ojaranzos,
y el suelo con la juncia y los mastranzos,
azucenas y rosas,

y otras yerbas fragantes y olorosas,
con algunos cogollos del aliso,
que hacen autorizado y fresco piso.
Cuelgan de las ventanas desiguales
las colchas, y bordados delantales,
dengues de fina grana, guarnecidos
de franjas y borlones bien prendidos,
arcos de bellas flores matizados,
con listones y cintas enlazados,
y todo lo mejor que hay en la casa
quando la procesion solemne pasa.
La noche de san Juan regocijados
se baxan a los sotos mas cerrados
los mozos del lugar, cortando ramas,
y olvidando el descanso de sus camas,
pasan toda la noche en alegría,
hasta que rompe el dia,
y adornando las puertas
de las novias despiertas,
de flores, y de frutas sazonadas,
hacen sus enramadas,

cantando mil canciones amorosas,
con equívocas frases misteriosas;
y prometiendo firmes sin segundo,
que aunque se oponga el mundo,
la boda sin remedio será hecha,
al punto que se acabe la cosecha.
La tarde de otro dia celebrado,
en el sitio mas llano y despejado
de la pequeña villa,
la multitud sencilla
de mozas y de mozos,
con inocentes simples alborozos,
suelen formar un círculo crecido,
y empiezan algun bayle divertido;
al pandero que alguna está tocando,
las demas compañeras van llegando,
cubiertas de encarnadas esclavinas,
saetines, brocato y serafinas,
sempiternas azules y moradas,
y finas lamparillas estampadas.
Sobre la gruesa espalda cuelga ayrosa

una trenza graciosa
de largo, rubio y abultado pelo,
y un labrado pañuelo,
tan tirado y prendido,
que parece que al cuerpo va cosido;
hácia un lado del pecho en los jubones
llevan algunas cintas y cordones,
y á sus puntas atados
algunos agregados
de diges, de medallas, y otras cosas
de coral, y de plata muy graciosas.
Ellos en el sombrero
llevan sueltas al ayre lisongero
las cintas del color mas agraciado,
que las sencillas novias les han dado;
y sin que allí ninguno se lo impida,
baylan alegremente sin medida.
Para evitar en fin todo alboroto,
sentado en algun poyo ó banco roto,
con reverenda vara,
y pacífica cara,

el alguacil del pueblo muy contento
preside la funcion grave y atento.
Quando le nace un hijo á algun vecino,
me suplíca que sea su padrino;
yo contento lo hago,
y los gastos de todo satisfago:
y á la recien parida
hago alguna visita muy cumplida.
Luego que se ha esparcido
la voz en el lugar de que ha parido,
las amigas, parientas y vecinas
la llevan muchos pollos y gallinas,
un fino babadero, y el capillo
para el nuevo chiquillo,
cascabeles, bolsillos, y el digero,
chupador, campanilla y azoguero,
un pedazo de cota,
y una antigua moneda medio rota,
la mano de un tejon bien engarzada
en fina y blanca plata muy labrada,
con algunos mariscos y corales,

por vana precaucion de algunos males;
sin que falte jamas por raro antojo,
alguna asta especial para el mal de ojo,
ni las negras figuras de azabache,
ni otro algun agorero cachivache.
Luego que llega el dia señalado
del solemne bautizo deseado,
desde su alegre casa ó de la mia,
sale la convidada compañía;
llegamos á la Iglesia, y quando atento
el cura ha conferido el sacramento,
para el dulce agasajo y despedida,
vuelven á visitar á la parida;
y el acompañamiento autorizado
del nuevo bautizado,
con esta gravedad, y de esta suerte,
lo mismo va a su boda, que á su muerte.
En llegando á la casa,
la contenta madrina nada escasa,
para dar el refresco á tantas gentes,
hace sacar en platos diferentes

los buñuelos, ojuelas y prestiños;
y despues á los niños
almendras, avellanas y piñones,
castañas, altramuces y tostones,
esperiegas y nueces,
y chochos de canela algunas veces.
Entre las manos ágiles y sueltas
la salvilla del vino da mil vueltas;
todos se van alegres levantando,
y corteses brindando,
con el vaso de vino,
por la parida, el padre, y el padrino;
como beben sin tasa ni cuidado,
del vaso rebosado
la sobrante corona
les mancha la corbata y la valona,
el coleto y el cinto,
con el dulce licor del vino tinto.
Conforme van bebiendo,
sus defectos al vino van poniendo;
quál afirma con gesto disgustado

que le sabe, aunque añejo y regalado,
(comprimiendo los labios muchas veces)
á la pez del pellejo, ó á las heces;
y alguno que en beber está mas ducho,
por beber otra vez, le alaba mucho.
Otra alguna vecina cariñosa
á mi puerta se viene muy gozosa
por unos andadores sustentando
el hijuelo, que á andar está enseñando;
y enmedio del camino de repente
le suelta, se separa y pone enfrente,
y con alguna nuez ó una castaña,
al muchachuelo engaña,
que ansioso hácia la madre va volviendo,
tropezando y cayendo,
con paso desigual y desmayado,
hasta que apresurado,
viéndose ya muy cerca, sin congoja
á la madre se arroja:
ella, que por el hijo se desvive,
éntre sus tiernos brazos le recibe,

y en alto le levanta,
con alegría tanta,
que haciéndole cariños infinitos,
todo el barrio alborota con los gritos.
Como en mi calle hermosa,
crecida y anchurosa,
de las vecinas casas
(con paredes escasas)
el pequeño edificio, y techo corbo,
hacen muy poco estorbo,
no queda tan estrecha ni sombría;
y así me dura mas la luz del dia:
respirando contento el agradable
ayre puro, sereno y saludable.

CORIDON.

Yo veo á mi hortelano,
que riega por su mano
la col, el cardo, el apio y la lechuga;
donde la verde oruga,

taladrando la rama,
halla dulce alimento, nido y cama.
Suele luego arrancar una cebolla
para echar en la olla,
que cuece con los ajos,
los nabos, el repollo y los tasajos;
cuya seca cecina
prefiere á la perdiz y á la gallina.
Es de su casa toda la decencia
algun barato quadro de Valencia,
una grosera estampa maltratada
con roxo almazarron iluminada,
y otra alguna pequeña baratija,
que guarda para el dote de su hija.
De sus gruesos y corbos viguetones
cuelgan doradas uvas y melones,
y algun duro membrillo
abultado, fragante y amarillo.
Las lacenas encierran en sus huecos
esperiegas, castañas, higos secos,
algunos requesones,

vinagre, aceyte, sal y alcaparrones,
pimientos, aceytunas, y algun queso,
una olla de miel ó arrope espeso,
algun mazo de lino,
y un grande botijon lleno de vino,
un cuenco, y una jarra,
y una fuente con uvas de su parra.
El cestillo del pan tiene colgado
de una gran cornamenta de venado;
y el agua en alcarrazas y botijas,
y otras muchas vasijas,
cubiertas con las hojas mas recientes
de algunas frescas parras florecientes,
sobre una gran tinaja, que sin tasa,
socorre las urgencias de su casa;
y al fin todo esta limpio, aunque tan pobre,
sin que nada le falte, ni le sobre.
Luego improvisamente,
de otra huerta de enfrente
algun gallo se escucha,
que despues de la lucha,

canta sobre una piedra,
ó sobre el seco tronco de una yedra,
donde con arrogancia y vanagloria,
publica muchas veces la victoria.
Allí veo á la clueca,
que las alas ahueca,
y cubriendo los pollos los abriga
con el calor del pecho y la barriga,
á el gavilan descubre, cacarea,
y él silvando en el ayre la rodea.
Otra de quando en quando,
para poner el huevo, va graznando;
y al fin con alborozo,
sobre el brocal de un pozo,
el pollo pequeñito
levanta el ronco grito,
para imitar á el gallo,
que alegre se pasea en su serrallo.
Hoza el cerdo en el lodo,
se baña en él, y se humedece todo.
El cachorrillo ahulla en una quadra,

miéntras su madre á el pasagero ladra.
Arrulla la paloma,
y al guardillon del palomar se asoma.
El ganso se sacude el seco barro
sobre el torcido pertigo de un carro;
y el ostentoso pabo entre la greda
de un sucio cenagal hace la rueda,
cuyo semblante hinchado y encendido
del cobarde capon se hace temido.
El mozo de mi casa muy temprano,
por su robusta mano,
con el yugo y coyundas, fuertemente
unce del manso buey la corba frente;
le amarra á la carreta,
y con el ahijon luego le inquieta;
sale con él al monte, y corta el tronco,
y del pesado carro á el ruido bronco
sigue de los carriles las rodadas,
y me trae la leña a carretadas.
Entra luego en la quadra, y hacendoso,
con la grosera xerga cuidadoso

remienda el aparejo
de algun borrico viejo,
que nunca está vacante,
con el hilo de vala y el bramante;
aderezando diestro
la jaquima, la enjalma, y el cabestro.
En la ruda pared de la pizarra,
donde á su tiempo amarra
el asno, el buey, la vaca y el ternero,
se ven algunas astas de carnero
grandes y retorcidas,
entre las duras piedras embutidas,
sin órden ni aparato,
que le sirven de argolla y garabato.
Llega el dia por fin de la matanza,
y con grande silencio y asechanza,
ántes que rompa el dia,
se va con alegria
adonde duerme el cerdo descuidado,
y estrechamente atado,
le conduce al parage violento,

donde el brazo sangriento,
sin lástima, y dolor de su querella,
con brevedad y maña le degüella.
Al escuchar lo recio del gruñido
algun chico, que duerme prevenido,
se arroja de la cama diligente,
y apresuradamente,
con inocente risa,
va corriendo en camisa;
y del sabroso cerdo no se aparta,
hasta tanto que harta,
y satisface su pueril antojo
del rabo, las orejas y el despojo.
Atadas al humero con tomizas
suele luego colgar las longanizas;
y sobre algunos haces de sarmientos,
acomoda unas ristras de pimientos,
mas rubios y encarnados que corales;
si tan costosos no, mas naturales.
Encima de una mesa,
ó del grosero borde de una artesa,

maya el goloso gato,
mirando atentamente á un garabato,
donde cuelga el tocino,
la carne, el salchichon y el palomino
Sobre la chimenea y los basares,
en graciosas figuras circulares,
coloco entre los platos y las tazas
algunas amarillas calabazas,
que en el huerto temprano
recojo en el otoño por mi mano.
Y al tiempo que oportuno me parece,
apénas amanece,
envio unas mugeres y unas chicas,
con el hato y merienda en las borricas,
entonando canciones y cantares,
hasta mis olivares,
donde cogen alegres una á una
la morada aceytuna,
que traen en costales ó en las faldas,
y unos haces de yerba en las espaldas:
tambien suelen traer en la cabeza

con indecible brio y fortaleza,
la seca y gruesa leña que en la cumbre
cortan para la lumbre;
con algunas escobas de baleo,
para barrer la casa con aseo:
y otro dia con maña
recogen la castaña,
las nueces y otros frutos
que dan mis heredades por tributos.
En el verano alegre y sosegado
me tienen empleado
la prevencion de carros y costales,
la siega, el melonar y garbanzales,
la era, el acarreo y otras cosas,
en que ocupo á mis gentes oficiosas.
Una parra fructífera sin tasa,
me ofrece a los umbrales de mi casa,
sobre la tosca puerta berroqueña,
delicado alimento, sombra y leña;
y mis hijos allí de los zarzales,
que sirven á mis huertas de bardales,

cogen á todas horas
las negras zarzamoras,
cuya inocente natural dulzura,
les sirve de agradable confitura:
la mano á trechos se les ve morada,
y á trechos encarnada,
del remostado fruto que han cogido,
y las espinas con que se han herido.
Mis zagalas graciosas,
ligeras y gozosas,
van y vienen en tropas á las fuentes,
coronando sus frentes
los cántaros de el agua cristalina,
que en el caño llenáron ó en la mina;
y otras veces lavando en los arroyos,
ó en las crecidas charcas de los hoyos,
alternativamente
cantan alegremente
canciones y tonadas
de abuelas en abuelas heredadas.
Los domingos y dias celebrados

se ponen los vestidos reservados
en las antiguas arcas;
y en aquellas comarcas
se alegran a la sombra de una oliva
con la tonada nueva que mas priva;
bien es, que su cancíon sencilla y ruda,
hasta que pasa un año no se muda.
En llegando los tiempos señalados
de los meses templados,
me ofrecen dulces xugos singulares
mis molinos de aceyte y mis lagares
de los frutos que en carros llegan puestos
en remostados y crecidos cestos;
y así de todo el año por los meses
los rústicos empleos é intereses,
sanas ocupaciones,
y alegres diversiones,
á sus debidos tiempos van llegando,
segun las estaciones van turnando.
Y si en este desierto
enfermo alguna vez, con gran acierto

aplico á mis dolencias y á mis males,
los remedios caseros y usuales
del vino, aceyte, miel y la manteca,
el romero, la ruda y grama seca,
la centaura, el agenjo y sanguinaria,
genciana, manzanilla y parietaria,
el amaro, la malva y la verbena,
el sauco, llanten y yerbabuena,
la silvestre amapola y cardo santo,
yerba mora, beleño y amaranto,
apio, salvia, borraja, esparraguera,
y la fresca raiz de escorzonera,
con otras muchas yerbas espigadas,
que en manojos al sol tengo colgadas.
Por remedio eficaz de las heridas,
de mis ventanas cuelgan prevenidas
las redomas preciosas
de aceyte y balsaminas prodigiosas:
para curar durezas y temores,
reumas y dolores,
con toda prevencion tengo pegada

á la pared grosera y ahumada
de mi antigua cocina,
la saludable enjundia de gallina;
y sobre algun basar el unto sano
de la rancia quixada del marrano.

SALICIO.

Yo en alguna mañana sosegada,
de la estacion del año mas templada
veo algunos muchachos, que gozosos
se baxan á los sitios mas frondosos;
suelen llevar consigo algun cordero,
que traen muy ufano y placentero,
de yerbas y de flores guarnecido;
y algun chico con él entretenido,
se viene alegremente sonriyendo,
y por las tiernas astas conduciendo:
él le sigue valando,
y el chico le va dando
con su mano graciosa

de la yerba mas tierna y deliciosa
las hojas, que el cordero retozando,
viene por el camino repelando;
luego, si tiene gana,
alcanza de las astas y la lana
los colgantes adornos,
y del collar se come los contornos.
Vienen por el camino con las flores
haciendo mil juguetes y primores,
entretexiendo de ellas
algun alto penacho, bandas bellas,
y graciosas guirnaldas inocentes,
con que coronan sus pequeñas frentes:
tocando las alegres pipitañas,
en las verdes sonoras tiernas cañas;
y quebrantando alguno entre la boca
la punta de la paja con que toca,
refresca el paladar, y muy contento
se come la mitad del instrumento.
Atado con un hilo por la pierna
otro con mano tierna

trae algun maltratado paxarillo,
que se cayó del nido nuevecillo.
Otro con un papel en una caña,
va corriendo con maña;
el ayre le voltea, y de esta suerte
el chico corre mas, y se divierte.
Otro trae algun grillo,
que con arte sencillo,
urgando con la paja de centeno,
sacó del hondo seno
del natural abrigo,
entre alguna cebada ó algun trigo;
llenándose inocente de contento,
a el escuchar atento
á el prisionero grillo muy ufano,
que canta en su graciosa y tierna mano.
Otro con diligencia presurosa
corre tras una blanca mariposa;
ella le engaña, mas y mas le obliga,
ya en la flor, ya en la rama, ya en la espiga;
pues el chico con ansia y con anhelo,

en uno y otro vuelo,
de flor en flor la sigue;
y así por largo tiempo la persigue,
creyendo que la coge donde quiera;
pero ella ligera,
con precavida maña,
quanto mas él lo cree, mas le engaña.
Otro en la verde paja de la avena
abre la tierna punta hasta que suena,
y con el dulce ruido
del sencillo sonido,
hace mas apacible y mas gracioso
el templado calor de el Junio hermoso;
y en el verde colchon del junco blando,
poco a poco los ojos va cerrando
á la sombra de un álamo eminente;
y así cesa su música inocente:
pues al sopio feliz del viento manso,
duerme tranquilamente con descanso,
haciendo su reposo mas suave
el halagüeño canto de alguna ave;

y la sonora caña con que ufano,
desde su tierna mano,
el dulce sueño atrae,
de los floxos dedillos se le cae.
Entre la fresca juncia y la verbena
de la pradera amena,
ó del frondoso egido,
en donde está dormido,
algunas avejillas le rodean,
que su hermoso semblante galantean,
cuyo sordo murmullo
á su sueño feliz sirve de arrullo,
y en profundo letargo permanece
hasta que, viendo al fin que no parece,
la cuidadosa madre á gritos clama
desde algun cerro, y á comer le llama.

CORIDON.

Yo tambien suelo ver una zagala,
que ha estrenado aquel dia por gran gala

algun nuevo jubon, atentamente
asomarse á una fuente,
en la ocasion y hora
que lo advierte el pastor que la enamora.
él acomoda el hato,
y pisando con tiento y con recato,
detras de algun espino ó cambronera,
tamujal o mimbrera,
ú otro qualquier arbusto,
solo por darla susto,
haciendo precavido la desecha,
escondido la acecha;
ella de su cabello
acomoda las trenzas hácia el cuello,
toma algun alfiler, y descuidada,
como no advierte nada,
vuelve sin embarazo,
y se prende algun dige sobre un lazo;
al tiempo que una rana,
que descansaba ufana
en los verdes mastranzos y juncales,

se arroja de la fuente á los cristales,
poniendo en movimiento el agua clara;
y así la bella imágen de la cara
de la hermosa zagala que se mira,
entre las ondas gira,
y unas veces parando,
y otras ligeramente fluctuando,
por este sitio ya, ya por esotro,
tan presto se ve á un lado, como á el otro.
Él, viendo que en el agua se embelesa,
toma una piedra gruesa,
y la arroja en la fuente
tan violentamente,
que con las recias gotas que levanta,
la rocia los diges, y la espanta:
ella vuelve confusa y aturdida,
mirando á todas partes afligida;
y viendo que la causa no parece,
nuevamente se aflige y enternece;
y de aquesta manera la pastora
se moja mucho mas con lo que llora.

El zagal que lo ve, tanto lo siente,
que sale de repente
de donde está escondido,
y de haberla asustado arrepentido,
la consuela, acaricia, y satisface;
y por fin tanto hace,
que en alegría trueca su quebranto,
y en risa se convierte el triste llanto.
Á el son de la zampoña lisonjera,
junto algun acebuche ó madroñera,
haciendo de sus voces dulce alarde,
pasan aquella tarde
en canciones y acentos deliciosos,
y sencillos coloquios amorosos;
dando fin á su canto concertado
al compas de un rabel bien afinado,
y brillando en los dos á competencia,
su honesta sencillez y su inocencia:
luego toma el pastor algunas flores,
y de varios matices y colores
hace alguna corona

con las texidas ramas que eslabona;
y á la hermosa zagala que requiebra,
se la pone, la mira, y la celebra:
quando está mas contento,
al impulso del ayre violento
la ligera corona se deshace,
y en su gracioso y pronto desenlace,
se queda alguna rama floreciente
de el cabello pendiente,
otras sobre los hombros ó la espalda,
y las demas le caen á la falda;
el zagal que lo mira,
nuevamente se admira,
pareciéndole así mucho mas bella
sin la corona ya, que ántes con ella;
ella corta el boton de alguna rosa,
y atenta y cariñosa,
con sus labios preciosos,
á soplos delicados y graciosos,
le suele abrir, y aumenta su fragancia,
y con agradecida vigilancia,

tomando un alfiler del acerico,
al pastor se le prende en el pellico:
él le lleva algun tiempo muy gozoso,
y luego que se seca, cuidadoso
en un paño le envuelve,
y el dia de la boda se le vuelve.
Con el mismo recato que lo he visto,
ántes que atento y listo,
el uno ú el otro conocerlo pueda,
tomo por algun cerro otra vereda,
subiendo á los ribazos,
y desde los lindazos
veo crecer los frutos de mis tierras,
y oigo de mis ganados las cencerras.

Quarta division.

Cuenta Coridon una boda de campo con la tornaboda, y otras diversiones adyacentes.



QUARTA DIVISION.

CORIDON.

Yo veo á mi hortelana
ágil, robusta y sana,
que en el suelo se sienta,
y á sus hijos con sopas alimenta;
viste un niño de pecho,
y en ternura deshecho
su simple corazon se regodea,
y en la cuna le pone, y le menea;
él duerme con descanso,
hasta que los graznidos de algun ganso
le suelen despertar, y el chico llora;
la madre le levanta, y le enamora,
le abraza, y al instante
le ofrece el pecho sano y abundante.
Despues va, y hacendosa,
sobre una artesa grande y espaciosa,
el un codo reclina,

cierne, y se cubre el rostro con harina;
barre luego la casa,
y al otro dia muy temprano amasa.
La hija grandecita,
encarnada, graciosa y morenita,
se levanta temprano,
y por su propia mano,
á la primera luz del claro dia,
lava con agua fria
el inocente rostro cuidadosa,
y le dexa mas limpio que una rosa;
peyna luego el cabello,
y algun simple collar se pone al cuello;
llenándose de gozo,
al ver de la labor el bello mozo,
que de ella enamorado,
canta desde el arado;
de su suerte se queja,
y asi sencillamente la corteja.
Ella cosiendo al sol le corresponde,
y el canta mas y mas, y la responde;

trayéndola algun ramo entretexido
de las silvestres flores que ha cogido
en el sano romero y la borraja,
atados con los cabos de una paja.
La palabra se dan de ser esposos,
y lo logran gozosos,
sin dote, ceremonias ni aparato
del civil y político boato:
condescienden sus padres, y á porfia,
alegran con la boda el campo un dia;
buscando algun padrino poderoso,
que les haga los gastos generoso.
Llega el dia por fin que se señala,
y vestidos de gala
el uno y otro alegre contrayente
confiesan y comulgan santamente;
y con sanos y unidos corazones,
reciben las solemnes bendiciones.
Concluido el dichoso casamiento,
el acompañamiento
de parientes, y todo convidado,

se vuelven con los novios mesurado,
á paso grave, serio y decoroso,
y guardando un silencio respetoso.
Llegan por fin á casa, y al momento
cada qual por su turno muy atento,
con la cara pacífica y serena,
á la novia le da la enhorabuena.
Los padres y la gente del cortijo
lloran de regocijo;
los hermanitos todos la rodean,
y el padrino la saca á que la vean;
el novio lo agradece,
y su feliz amor por puntos crece.
En esta diversion sencilla y sana
se pasa la mañana,
hasta que al fin el padre cuidadoso
se asoma presuroso
á ver una señal donde conoce,
por larga observacion, que son las doce.
Hace poner la mesa con aseo,
donde sin ceremonia ni rodeo

todos se van sentando,
y al crecido convite preparando;
careciendo de número las gentes,
que entre amigos, cuñados y parientes,
vienen de los cercanos lugarcillos,
sin contar las chiquillas y chiquillos.
Á la mesa gozoso
algun anciano tio, religioso,
bendice el pan, le besa y le reparte
en rústicos pedazos y sin arte;
y empezando el convite,
á cada muchachuelo da un confite.
En tanto que la sopa se dispone,
á cada convidado se le pone,
en platillo distinto,
un vizcocho calado en vino tinto;
y una dulce naranja bien madura,
para mas simetría y hermosura,
en rodajas partida,
y con pasas y almendras guarnecida.
Entre el sabroso pan se ven sembradas

algunas roscas blancas, y labradas,
de la flor del harina,
por alguna vecina,
con exquisito gusto y con esmero,
en la artesa del propio cernedero,
y cocidas con arte y con cuidado
en el horno casero bien templado.
En las fuentes de barro con fragancia,
y profusa abundancia,
la comida en la mesa se amontona;
á perdiz y á conejo por persona;
sin contar el cabrito ni el cordero,
la ternera, la vaca y el carnero,
truchas, barbos y anguilas admirables,
y otras muchas viandas saludables;
ni algunos escabeches sazonados
de bogas y otros peces, preparados
con hojas de un laurel envejecido,
que se ostenta crecido,
desde un tiempo que apénas hay memoria,
junto al fresco vertiente de la noria;

y algunas empanadas
de graciosos repulgos adornadas;
gallinas, pavos, y otras muchas aves,
tiernas, cebadas, gordas y suaves.
El bernegal antiguo y anchuroso
de apelmazada plata, presuroso
corre de mano en mano,
lleno de vino añejo, puro y sano:
el grave religioso y el padrino,
al tiempo de gustar el dulce vino,
por los novios, con frases muy discretas,
brindan en redondillas y quartetas.
Los demas de su plato,
llenos de voluntad y afecto grato,
con rustica expresion y con limpieza
á la novia la dan una fineza;
ella, con candidez sencilla y lisa,
la recibe con risa,
y poco licenciosa,
no acierta a responderles otra cosa:
al mirarla tan corta y encogida,

el atento padrino la convida
con nuevas expresiones,
y la anima á comer con sus razones.
Entre los dulces postres se coloca
un cazolon colmado hasta la boca
de enroscados buñuelos,
que entre los muchachuelos,
en su propia cocina diligente,
la noche antecedente,
hizo la alegre madre nada escasa,
con los huevos y harina de su casa.
Sale despues un cuenco en que rebosa
la blanca y fresca leche mantecosa,
cubierta de una espesa y gruesa nata,
que en ella se congela y se dilata;
y despues de migada y repartida,
en trozos dividida,
y entre la dulce sopa incorporada,
la dexa mas sabrosa y regalada.
En los platos de Alcora y Talavera,
con graciosa manera,

suplen por los helados y otras cosas,
que en las mesas costosas
se sirven por adorno y por refresco,
el blanco requeson y el queso fresco.
Enmedio de la mesa se presenta,
sin division ni cuenta,
algun cesto de frutas escogidas,
en la huerta cogidas
por la misma hortelana
á la fresca estacion de la mañana.
En un tarro muy limpio y muy decente
sale un panal crecido y transparente,
mas blanco que las mismas azucenas,
castrado por el novio en las colmenas,
con pronta diligencia y alegría,
en aquel mismo dia;
cuyo crivado natural copete,
es de la simple mesa el ramillete.
Guarnecidas de yerbas y de flores,
y de otros mil primores,
sale luego una herrada

de exquisita quajada,
que avergüenza y humilla
á la crema, al manjar y á la natilla.
En algun azafate muy curioso,
con aliño gracioso,
texido de menuda y rubia paja,
sacan luego una caxa
de blanca confitura,
cuyo adorno y dulzura
les brinda y les inclina
con sencilla inocente golosina.
Y porque nada falte delicioso
al convite gracioso,
sale en una corchera bien cumplida,
de la vid mas frondosa y mas crecida,
entre las verdes hojas y cogollos,
la reciente manteca en tiernos bollos.
En una grande fuente muy pintada
suele salir despues una ensalada,
rodeada de muchos huevos duros,
gordos, frescos y puros,

y cubierta de dulces acitrones,
pimpinelas, mastuerzos y estragones;
sencillo plato, regalado y sano,
que aderezó la novia por su mano:
con otras muchas cosas,
gratas á el paladar y apetitosas.
Coronando el convite dilatado,
inocente, abundante y regalado,
un plato de aceytunas sazonadas,
con tomillo y orégano adovadas;
algunos tiernos rabanos sabrosos,
y algunos dulces vinos generosos.
Sin recelo ni escrúpulo ninguno,
van bebiendo uno á uno,
con simple confianza y fe sencilla,
por una misma jarra ó cantarilla,
el agua de una fuente que alli mana,
pues toda es gente limpia, buena y sana
siendo de su salud señal segura
su cabal, firme y blanca dentadura,
y el apetito y gana tan cumplida

con que comen y beben sin medida.
Todo rebosa gusto y alborozo;
amistad, alegría, paz y gozo;
pues allí no conocen la codicia,
la ambicion, la injuria y la malicia.
La comida se acaba finalmente,
y dan gracias á Dios devotamente,
rezando con fervor y mansedumbre,
por antigua costumbre,
y sencilla crianza, todos juntos
una breve oracion por sus difuntos,
con otro algun humilde ofrecimiento,
propio de su instruccion y su talento:
besa al fin cada uno con fe santa
su pedazo de pan, y se levanta.
En la mas limpia y anchurosa pieza
el regocijo empieza,
y al compas de la música sencilla,
canta alguna zagala jovencilla,
á cuyo dulce acento peregrino,
rompe el bayle la novia y el padrino.

Ella con movimientos honestos,
y con los ojos baxos y modestos,
llena de cortedad y de recato,
aturdida de ver tanto aparato,
á repetir no acierta avergonzada,
la danza tantas veces ensayada
en sus propios corrales
sola con sus hermanas y zagales.
Sale despues el novio, y diligente
salta confusamente,
con mas fuerzas, mas brios y mas gana
que trabajó en el campo una semana.
Del pandero á el acento
el ligero pastor viene contento,
y con la boca abierta,
disfruta la funcion desde la puerta;
y al ver que la tarde va declinada,
á su dulce majada
los ojos vuelve, y á las cumbres mira,
recoge su ganado, y se retira.
Llega la noche, se concluye todo,

y la fiesta se acaba de este modo.
Suele luego seguir la tornaboda,
que divierte otra vez la casa toda.
Y desde aquel instante,
en que firme y constante
la sencilla zagala,
a quien en la inocencia nadie iguala,
por la fe en el contrato prometida
para toda la vida,
con singular contento
á el novio se ofreció en el Sacramento,
jamás con modo injusto é importuno
vuelve á poner su amor en otro alguno.
El zagal á la novia igual en todo,
la corresponde al fin del mismo modo;
y acompañada de la madre seria,
la lleva á unos novillos y á una feria,
ó a algunas inmediatas romerias;
y así divierten los primeros dias:
procurándola dar, lleno de gozo,
con sencillo alborozo,

diversiones y alivios indecibles
en todo quanto alcanzan sus posibles:
y pasado este tiempo de contento,
se vuelve á trabajar con nuevo aliento.
Ella en todo hacendosa y comedida,
á la labor le lleva la comida,
aunque pobre y ligera, sazonada,
y en algun grueso lienzo rodeada,
colocada en un cesto primoroso,
que en el sitio frondoso
de algunos verdes sauces y mimbreras,
de varillas ligeras
texió con los renuevos florecientes,
que cortó por sus manos inocentes;
y en el resto del dia
se divierte en labrar con alegría,
por antiguos dechados,
algunos cuellos, puños y quadrados,
en guarnecer tohallas o unas bandas
de groseros encaxes y de randas,
lavar alguna ropa,

ó devanar la hilaza de la estopa.
Pasado ya el verano,
algun pequeño hermano,
en quien tienen, con justa confianza,
fundada de su casa la esperanza,
porque disfrute grato
una capellanía ó patronato,
fundada con hacienda competente
por la antigua piedad de algun pariente,
á la ciudad le llevan muy gozoso
á empezar sus estudios cuidadoso;
y en el largo viage proyectado
le acompañan el padre y el cuñado:
ella al fin con la madre cariñosa
le acomoda la ropa mas curiosa
en un arca de pino,
colocada y dispuesta con gran tino;
y con mano secreta
les pone en una limpia servilleta
entre las dos mitades de una hogaza,
con inocente traza,

y figura sencilla,
de huevos y jamon una tortilla,
que sin altercacion y sin contienda,
á todos tres les sirve de merienda;
y en la tierna y precisa despedida,
con pena desmedida,
su corazon amante dividido
entre el hermano, el padre y el marido
en apretados lazos
á todos tres les da tiernos abrazos,
derramando sin tasa ni consuelo
lágrimas abundantes por el suelo:
consolándola atento y amoroso
el tio religioso,
que ha llegado aquel dia
á hacerla compañía,
en tanto que la gente
conduce á la ciudad el nuevo ausente;
y en tan duro desvío
se consuela aquel tiempo con el tio.
En la despensa amena

le prepara la cena,
y alcanzando unos peros sazonados,
en el techo colgados
entre algunas mazorcas de panizo,
y otros varios manojos que ella hizo
de doradas espigas, que en la siega
escogio en las macollas de una vega;
con ellos, y la miel blanca y helada,
á el tio le presenta una ensalada,
con otros varios platos delicados,
y algunos dulces postres regalados.
Llega por fin el tiempo venturoso,
en que su amor dichoso,
con alegria de ella y de la madre,
vuelve á ver otra vez marido y padre,
que las cuenta mil gracias de su hijo,
con que crece de nuevo el regocijo;
y todos, con fe sana y oportuna,
encomiendan al cielo su fortuna,
pidiendo a la Virgen y algun Santo
les guarde Dios las vidas hasta tanto

que en el rumbo eclesiástico que lleva,
lleguen todos á ver su misa nueva.
Por obsequiar al huésped religioso,
en el ameno campo delicioso
disponen la merienda alguna tarde,
llevando con alarde
el reciente cabrito
guisado en un sabroso cochifrito,
algun cordero asado,
un conejo empanado,
y un pedazo de vaca bien cocida
en una fiambrera prevenida,
una bota de vino,
y un sazonado trozo de tocino.
Llevan por el camino muy joviales
en la mano, en el pecho y los ojales,
los tardíos retoños de las rosas,
y otras ramas de yerbas olorosas;
sus sombreros de paja muy ufanos,
y báculos ligeros en las manos

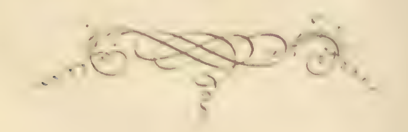
de alguna caña vieja,
de seca gamonita ó cañaheja;
cantando mil tonadas inocentes
con clara voz, y letras muy decentes.
Atento y cuidadoso
suele llevar tambien el religioso
el quaderno del tiempo competente,
para rezar sentado en una fuente,
en tanto que los otros divertidos
en los prados floridos
baylan con alegría y confianza
alguna simple danza
en coros dilatados,
con naturales pasos concertados;
y llegada la hora,
sin molestos cumplidos, ni demora,
debaxo de algun árbol eminente
se acomoda la gente
encima de una grande y nueva manta
que tienden al nivel de una garganta;

las yedras que del tronco se descuelgan
juntamente se huelgan,
pues movidas del viento
con su rastrero y pronto movimiento,
entre los sazonados aparatos,
les dan en las cabezas y en los platos;
haciendo su quietud mas apacible
el gorgeo indecible,
que se escucha confuso,
del número de páxaros difuso,
que fabrican sus nidos
en los vecinos árboles crecidos.
Y á el fin con gozo tanto,
agenos de inquietud y de quebranto,
quál su contento sea
solo podrá saber el que lo vea;
dando envidia dichosos
á tantos poderosos
que viven agitados
entre muchos negocios complicados:

y en su vida tranquila é invidiable,
con regocijo fiel y trato afable,
sin civiles afanes, ni otros daños,
por dilatados años
los novios con sencillos regocijos
viven en paz, y tienen muchos hijos.

Quinta division.

Cuenta Salicio una romeria que hace a un santuario; y Coridon la felicidad que goza en su retiro.



QUINTA DIVISION.

SALICIO.

De mi pueblo la gente
mas rica y mas decente
me suele acompañar un claro dia,
y hacemos una larga romería
á un rico monasterio y santuario,
respetable, devoto y solitario,
á dexar cada uno satisfecho
el voto y la promesa que hemos hecho.
Á la puerta se junta mucha gente,
que viene atentamente
con cortés agasajo á despedirnos;
y asimismo á pedirnos
con sanos y devotos corazones,
que recemos algunas oraciones
por sus necesidades y sus vidas;
y á encargarnos reliquias y medidas,
estampas, relicarios,
cruces y escapularios,

y medallas tocadas
á las santas efigies veneradas;
ó á darnos algun cesto recosido
para algun religioso conocido,
y un pequeño villete muy cerrado,
con atento cuidado,
porque nadie le abra;
y otros muchos encargos de palabra.
Al punto que llegamos,
en el templo adoramos,
con devocion sencilla y verdadera,
la imágen titular que se venera;
despues vamos la iglesia rodeando,
y despacio mirando
algunas colgaduras,
adornos y pinturas,
lámparas y otros votos,
que han tributado fieles los devotos;
con algunos trofeos y banderas,
que cuelgan placenteras
de las altas cornisas, maltratadas,

viejas y derrotadas,
por señales antiguas y preciosas
de triunfos y batallas milagrosas;
y otro algun monumento respetable
de tiempo inmemorable,
que en piedra, bronce ú oro
dexó el vencido moro;
ántes labrado por la diestra mano
del celebrado griego y el romano,
en grupos de magnífica estructura,
y enlaces del primor de la escultura,
que autoriza en el techo y frontispicio
la antigüedad del gotico edificio.
Luego por una grande y franca puerta
entramos en la huerta,
y en un soto cerrado,
solo para los monges destinado,
desde alguna vereda
vemos en la arboleda
los solitarios monges esparcidos,
y en diferentes cosas divertidos.

Quál solo y recatado,
sobre un tronco sentado,
con atencion profunda discurriendo,
en un antiguo libro está leyendo.
Qual al pie de un aliso
se pasea indeciso,
rezando algunos salmos y oraciones,
estudiando sermones,
ó confuso dudando,
con algunas especies batallando.
Qual llegando sediento,
diligente y contento,
á la márgen se inclina
de una fresca garganta cristalina,
bebiendo de sus aguas con la mano;
y alcanzando despues de un avellano
el fruto sazonado y oportuno
para la colacion de algun ayuno.
Quál vendimia una parra tan cargada,
que del peso del fruto esta agoviada.
Quál planta, y qual ingiere un arbolillo:

y quál con un cuchillo
va desde abaxo arriba
cortando los renuevos de una oliva.
Quál sentado á la sombra de algun pino,
con arte peregríno,
de las mimbres delgadas
texe algunas cestillas aseadas.
Quál mas diestro y mañoso,
del enebro fragante y oloroso,
de tamaños muy varios
hace cruces y cuentas de rosarios,
y otras muchas efigies y figuras
de simples y graciosas estructuras.
Quál del box, amarillo como el oro,
labra algun instrumento muy sonoro,
y otras cosas pulidas;
y al fin, sin que medidas
artificiosas tome,
hasta el mismo cubierto con que come.
Quál la grosera falda levantando,
las crecidas legumbres va regando;

y quál con una hazada,
de la tierra cavada,
en montones iguales
forma algunos regueros y bancales.
Quál limpia con un paño y adereza
los mismos anteojos con que reza;
y en alguna corriente
lava el tosco pañuelo diligente,
que luego poco á poco paseando
por una cuesta arriba va enxugando,
moviéndole en figura de bandera,
terciado en una caña muy ligera,
y tendiéndole al fin sobre un madero,
ó sobre alguna mata de romero.
Quál al pie de un nogal ó de un castaño,
con ingenioso engaño,
coge en la red tendida
el páxaro, que incauto se descuida;
ó de un ramo ligero
suele alcanzar el nido de un gilguero,
ó ruiseñor, si llega á divisarle,

que se lleva despues para criarle:
y quàl con diestro lazo,
junto alguna arroyada ó lagunazo,
coge entre los juncales,
y espesos carrizales,
escondido en ocultos parapetos,
los pasageros patos y zarcetos:
y cerca de un pantano
arranca en el Setiembre por su mano
algun crecido lino,
que sembró por Abril; y del mas fino
texe en su habitacion, por divertirse,
la túnica interior para vestirse,
con algunas tohallas duraderas,
y otras telas sencillas y caseras.
Quál apurando a el arte los primores,
corta de algunos tiestos unas flores;
y del clavel, la rosa y cinamomo,
alelies, jazmin, nardo y aromo,
haciendo ramilletes singulares,
los coloca despues en los altares.

Quál con maña discreta
siembra la trinitaria y violeta
en algunos floridos arriates;
y quál con los agudos alicates
el arambre enlazando,
un curioso rosario va engarzando;
dexando á proporcion distribuidos
algunos medallones bien fundidos,
que en sus baxos relieves representan
la misteriosa imágen que presentan,
grabada con destreza peregrina
en dorado metal de calamina.
Quál con mano ligera
alcanza la madura y gruesa pera,
el higo, la ciruela y uva sana,
melocoton, alvérchigo y manzana,
que acomoda despues en un cestillo,
con la dulce camuesa y el membrillo,
para tomar por postre regalado
en un dia festivo y señalado:
tambien lleva en las mangas anchurosas

las crecidas naranjas deliciosas,
cortadas de algun arbol muy florido,
que él suele haber plantado ó ingerido;
y en la celda guardadas,
sobre los viejos libros colocadas
en gracioso contorno,
le sirven, además del bello adorno,
para hacer un regalo á algun pariente,
si llega á visitarle de repente.
Quál del hueco de un tronco ya muy viejo,
con gracioso despejo,
saca un panal que hizo
algun perdido enxambre advenedizo;
y el liquido sobrante
de la miel abundante
va por el tronco abaxo destilando,
y las vecinas yerbas salpicando;
las abejas que llegan descuidadas,
de la labor cargadas,
y amontonadas todas le circundan,
enojadas le envisten y le inundan;

y él burla y desvanece su desvelo
con la punta del manto ó el pañuelo.
Quál arrea la mula de una noria;
quál á su tiempo busca la achicoria,
la criadilla, espárrago y cardillo,
con que llena despues un esportillo.
Quál junto á un arroyuelo se pasea,
y en su frondosa orilla se recrea,
cercenando las ramas desiguales
de las viciosas lilas y rosales,
arrayán, pasionarias y jazmines,
que se suelen criar en sus confines;
y cortando en sus márgenes amenas
los vástagos crecidos de azucenas,
cuya vara florida
crece junto á las aguas sin medida.
Qual con sencilla maña
desenvuelve el sedal de alguna caña,
y cebando el anzuelo,
le arroja al hondo suelo
de algun profundo estanque dilatado,

y en el brocal sentado,
á la sombra del olmo mas frondoso,
atento y cuidadoso,
proporciona é iguala
el corcho que los lances le señala:
y en aquel tiempo, que se está esperando
á que la pesca allí vaya picando,
lleno de gravedad y reverencia,
y de larga paciencia,
reza con alegria
todas las devociones de aquel dia.
Si acaso nos descubre,
la cabeza se cubre
con la estrecha capilla penitente,
formando reverente
el objeto mas triste, que á distancia
se ve en la soledad de aquella estancia
Qual sobre el tronco franco
de algun álamo blanco
escribe con destreza,
en la lisa corteza,

un aviso moral que le despierte
la importante memoria de la muerte;
y leyéndole atento cada dia,
en la corteza fria
van creciendo con ella cada año
las letras, el fervor y el desengaño.
Quál abriendo la puerta de una ermita
entra, y por largo rato se exercita
en rezos numerosos,
y en otros exercicios piadosos.
Quál arrimando al tronco mas crecido
el báculo nudoso y retorcido,
en la tierra se humilla,
y fixando en el suelo la rodilla,
los brazos levantando,
y hácia el cielo mirando,
en oracion profunda
de lágrimas inunda
el seco y flaco rostro penitente,
tan abundantemente,
que el agua que sus ojos van vertiendo,

por la crecida barba discurriendo,
y apresuradamente goteando,
la túnica grosera va calando;
siendo tal su ternura y desconsuelo,
que corre mucho mas, y riega el suelo.
despertando en nosotros al mirarle
fervorosos deseos de imitarle.
La quieta noche y resto de aquel dia
pasamos en la santa hospederia,
donde alegres dormimos y cenamos;
y apénas despertamos,
el superior nos hace algun presente
de la fruta mejor y mas reciente;
y á casa nos volvemos regalados,
divertidos al fin y aprovechados,
dexando de aquel sitio en la dulzura,
y en los recreos de su vida pura,
tan santos, inocentes y seguros,
el reyno de la paz entre sus muros;
volviendo, con la pena de dexarle,
muchas veces los ojos á mirarle.

En un áspero sitio montuoso,
indeciso y dudoso,
algun solo y errante peregrino
nos pregunta cortés por el camino;
nosotros le guiamos,
y si pide limosna, se la damos.
Luego encontramos otro, que rendido,
sobre los verdes céspedes tendido,
con profundo descanso,
disfruta el sueño manso,
despues de haber colgado de una encina
la cartera, el bordon y la esclavina,
la dulce calabaza y el repuesto,
que lleva en su viage al hombro puesto.
Encontramos tambien con aparato,
de un lugar inmediato
otra devota gente,
caminando y cantando alegremente;
y llevando con gratos corazones
á el freqüentado templo muchos dones,
que tributan despues con fe sincéra,

en mil efigies de la blanca cera.
Al punto que llegamos á la villa,
á la gente sencilla,
y mugeres curiosas,
contamos muchas veces estas cosas;
siendo en nuestras freqüentes alegrías,
larga conversacion de muchos dias.

CORIDON.

Yo en las tardes que salgo á pasearme,
con gran tranquilidad suelo sentarme
á la sombra del árbol mas poblado,
cuyo tronco se mira rodeado
de la yedra frondosa;
y en su copa anchurosa
se ven entretexidos y enlazados
de la silvestre vid los espigados
sarmientos mas viciosos,
cubiertos de racimos numerosos,
ágrios y desmedrados,
rústicos, mal maduros y delgados,

que entre crecidos lupios y zarzales
se descubren á trechos desiguales.
Allí viene el zagal enamorado,
confuso y asustado,
y enfrente de una cuesta,
sobre el rústico trebol se recuesta;
donde canta sus males,
y el eco le repite los finales.
Tambien el achacoso,
algun convaleciente, y el gotoso,
con pereza se mueve,
y á subir por los altos no se atreve,
sobre un grueso baston va recostado,
con ayre macilento y desmayado.
El caballo lozano allí relincha,
y á esfuerzos del poder rompe la cincha;
derribando al ginete huye ligero,
y asusta á la muger y al pasagero:
el amo por los cerros sube y baxa;
corre, suda, se cansa, y no le ataja.
Con sencillo ademan, y con lisura,
sobre una piedra dura

el labrador se sienta,
y sus afanes rústicos me cuenta.
Tambien algun prudente y sabio amigo
reflexiona conmigo
los bienes de la vida solitaria;
y la fortuna vária
de los civiles tratos,
su inquietud, inconstancia y malos ratos.
Allí me ofrece vista deliciosa
una ciudad hermosa,
cuyos ricos estrados y zaguanes
el deposito son de los afanes.
En esto me divierto,
y á lo lejos advierto,
en magnificos coches encerrados,
hombres, cuyos cuidados,
sirviéndolos de grillos,
los llevan cavilosos y amarillos;
quando con el arado,
al labrador observo colorado,
fuerte, sano y robusto,

cantando sin cuidado ni disgusto.
Allí por todas partes donde giro,
me alegra y me divierte quanto miro;
y en tan rudas mansiones,
jamás vi las inquietas pretensiones,
ni otras mil cosas con que el hombre lidia,
que de inquietud le llenan y de envidia.
Allí la helada sangre se desata,
el corazon se anima y se dilata,
el cuerpo se sanea,
y la paz por el alma se pasea;
los nervios se agilitan,
y jamás los semblantes se marchitan;
el hombre, aunque moreno,
conserva su salud robusto y bueno:
su corazon sencillo sin segundo
hace que juzgue bien de todo el mundo:
y alegre, divertido y animoso,
vive sin los estímulos gozoso:
nada le da tormento,
y asi pasa sus dias muy contento.

Sexta y última division.

Cerdon y Salicio se cuentan mutuamente las máximas políticas y morales con que arreglan su vida cristiana, natural y pacífica



SEXTA DIVISION.

CORIDON.

A mí en esta montaña y espesura,
con graciosa dulzura,
el canto de algun grillo,
ó el suave trinar de un paxarillo,
divertido me tiene,
en tanto que el avaro se entretiene
con el ruido del oro,
mas dulce para él y mas sonoro:
disfrutando tranquilo esta delicia,
miéntras que la codicia
del logrero se afana y se apresura
por los crecidos premios de la usura;
y el ambicioso busca la memoria
por los inquietos rumbos de su gloria.
De mis ropas modestas y cumplidas
jamas altera el sastre las medidas,
guardando natural y honestamente

el corte mas antiguo y mas decente;
y á pesar del aliño y de la moda,
voy solo como quiero, y me acomoda.
No he querido en mi vida
(aunque es una costumbre tan seguida)
cortar con artificio y aparato
á mi perro la cola, ni á mi gato;
ni á título de aliño y hermosura,
jamás altero á nada su figura,
dexándolo en la forma y el estado
en que Dios lo ha criado;
pues nunca me parece nada hechizo
tan bueno como aquello que Dios hizo.
Huyo las afectadas cortesías,
ni doy, ni me dan dias,
pasquas, ni enhorabuenas,
ni otras cosas agenas
de toda aquella gente
que desea vivir tranquilamente.
Ni envidio, ni me envidian;
ni otras pasiones lidian,

ni combaten mi pecho,
con la mediana suerte satisfecho:
ni el bocado exquisito
me brinda el apetito:
ni la libre tertulia y concurrencia,
falta de caridad y de prudencia,
altera la justicia de mi boca:
ni la muger profana me provoca.
Jamás persona alguna
codicia mi fortuna;
siendo mi escasa dicha el fuerte muro
que me pone á cubierto y á seguro.
Nada de lo que veo
excita mi deseo:
ni jamás a deshoras
altero la costumbre de mis horas.
Á mis propios haberes reducido,
en mi casa jamás se ha conocido
el trato artificioso, ni el engaño,
que en las cortes se ve con tanto daño;
y si alguna persona me importuna,

(pues en parte ninguna
jamás todos los hombres son cabales)
son unas cosas tales,
tan cortas y ligeras,
que el desprecio las hace llevaderas.
Mi sobrante á los pobres distribuyo,
y a su alivio y socorro contribuyo
de modo tan prudente y acertado,
que sea sin ofensa del estado;
ayudando, en lugar del perezoso,
al útil, aplicado y oficioso,
al anciano y enfermo desvalido,
ú otro que justamente esté impedido;
y en los lances urgentes y severos,
á los mas inmediatos los primeros.
Si encuentro algun muchacho cuidadoso,
diligente, aplicado e ingenioso,
hasta que se coloca,
(aunque yo me lo quite de la boca)
le socorro, le ayudo y le fomento;
quedando muy contento

de haber hecho un servicio señalado
á Dios, á él, al pueblo y al estado.
No temo las osadas invasiones
de atrevidos ladrones;
pues no hay llave mejor, ni mas segura,
que tanto me asegura,
ni dinero y caudal mejor guardado,
que aquel que no se tiene atesorado.
Huyo de todo juego codicioso,
que me ponga en parage peligroso
de perder en un lance desgraciado
el caudal saneado,
que con afan y pena sin medida
adquirí en el discurso de mi vida.
No me cuesta inquietud ni pena alguna
la suerte mas feliz de la fortuna;
pues tan presto le alcanza al virtuoso,
como al hombre vicioso,
al humilde, al soberbio y arrogante,
al sabio, al ignorante,
al hombre protegido,

como al mas desvalido:
y al fin en todo empleo,
á que puede extenderse mi deseo,
mucho mas que alcanzarle y poseerle,
quisiera merecerle;
pues el mérito es propio, siendo llano,
que el premio es qualidad de agena mano:
y si la escasa suerte
el merito persigue hasta la muerte,
y los premios le quita,
en la postuma fama se desquita,
duplicando su gloria
en su feliz recuerdo y su memoria.
Esta verdad confirmo,
y mucho mas afirmo,
al ver en todo el mundo,
por su ingenio fecundo,
la fama que Cervantes ha dexado,
aunque murio tan pobre y desgraciado;
y otros muchos con el, cuyos escritos
la publican a gritos:

quando no conocemos,
ni noticia tenemos
de tantos poderosos,
que tuviéron empleos muy honrosos,
de cuya ostentacion y cuya gloria
feneció con el tiempo la memoria;
pues solo se descubre y se coteja,
en la lápida vieja
de un costoso sepulcro autorizado,
(que de nadie es mirado
mas que del estudioso,
erudito antiquario laborioso;
ó de aquel que disfruta el mayorazgo
que se encontró al nacer como un hallazgo)
para cuyo descanso diligente,
fundó con la fatiga de su frente.
El hombre, acreedor á toda gloria,
al escritor le debe la memoria:
siendo tan evidente y verdadero,
que se la deben al divino Homero,
y á sus antiguos versos eloqüentes,

el troyano y el griego y otras gentes;
y el heroyco romano
al famoso poeta Mantuano;
cuyos insignes versos,
en reynos conquistados y dispersos,
con atento cuidado
los hombres han guardado,
y en ellos la memoria reverente
de quien la mereció tan dignamente;
siendo en su monumento respetable,
mas firme cada vez y mas durable.

SALICIO.

Yo, como es esa villa pasagera,
quando veo que hay gente forastera,
al pequeño meson me voy un rato,
donde tan presto trato
al rico mercader y al navegante,
como al pobre estudiante,
al soldado valiente,

al hábil artesano diligente,
al teologo y jurista consumado,
fisico y erudito celebrado,
al poeta ingenioso y de talentos,
inventor de los nuevos pensamientos.
Trato á los elegantes escritores,
útiles y aplicados traductores:
aunque en el dia toco,
que ya de los primeros hay muy poco;
pues muchos en sus largos formularios
son tan solo copiantes y plagiarios:
bien es, que aun en el siglo mas fecundo
hemos visto en el mundo
pocos originales,
del arte y la invencion manantiales.
en los segundos hallo, que propicios,
y aplicados al bien de sus patricios,
para el comun provecho,
con generoso pecho,
hacen en sus versiones,
con sus justas y propias locuciones,

que transmigre y que viva
el alma de otra lengua en la nativa,
dexando así en su patria conocidos
los agenos tesoros escondidos.
Trato al crítico vano y fastidioso,
osado, satisfecho y envidioso,
que en todo quanto hay halla defecto,
y nada ve perfecto:
azote de los hombres laboriosos,
útiles, aplicados y oficiosos:
padres de la pereza y la osadía,
que pasan todo el dia
en murmurar en corros y burlarse,
sin que ninguno pueda desquitarse;
pues como nada sale de su mano,
hieren á cuerpo sano:
y aunque alguno pretenda combatirles,
jamas les halla cuerpo donde herirles.
Tambien trato igualmente
al crítico prudente,
que no tan solo al mundo no hace daño,

sino que en él deshace todo engaño;
como piedra de toque y crisol puro,
que á las obras da el precio mas seguro.
Trato al hombre cansado,
y de graves negocios acosado,
flaco y descolorido,
y de algunos achaques oprimido;
que á fuerza de experiencia y desengaño,
para huir de las redes del engaño,
tomando está juicioso la medida
de buscar su feliz y quieta vida.
Trato al médico insigne, al boticario,
arquitecto, pintor y estatuario,
matemático, astrólogo agorero,
historiador sencillo y verdadero;
al dulce y diestro músico instruido,
pacífico recreo del oido;
al retorico sabio y eloqüente,
y al fin á todo género de gente:
y asi de quando en quando
una idea de todo voy formando.

En la ostentosa corte
veo al hombre de porte,
que gime con un cargo,
cuyo trabajo amargo,
cree el vulgo ignorante,
que es alguna fortuna exôrbitante.
Con honrado teson y con denuedo,
quando hay necesidad, y quando puedo,
á remediar los daños me dedico;
y el remedio que aplico,
para hacer valederas mis razones,
es el exemplo fiel de mis acciones.
Lo que mas me consuela en mi retiro
es aquella distancia con que miro
todo brillante empleo;
pues jamas el deseo
aviva la inquietud de la esperanza,
donde no hay proporcion ni confianza.
Si alguna vez osado,
y de humilde filósofo olvidado,
me advierto resentido

de que hayan preferido
á alguno mas feliz, á quien yo creo,
(por loco devaneo)
que en méritos excedo sin segundo,
me avergüenzo y confundo:
y hallando en mi soberbia su disculpa,
á mi falso amor propio echo la culpa.
Frugal y comedido,
huyo de todo gasto desmedido,
que sobre mis habéres y mi estado,
pueda ser murmurado;
llegando á hacer iguales
mis deudas á mis fondos y caudales;
de suerte, que dependa yo algun dia
de aquel que de mi antes dependia:
sin tocar en el vicio abominable
del extremo infeliz de miserable.
Pido a Dios, como cosa muy debida,
por la salud y vida
de aquellos que se encargan animosos
de los altos destinos trabajosos;

pues es fuerza que en todas ocasiones,
aunque sea por grandes galardones,
haya quien nos gobierne y nos defienda
del peligroso mundo en la contienda:
viviendo asi nosotros descansados,
á costa de su afan y sus cuidados.
Y porque justo hallo
que ningun buen vasallo
debe vivir ocioso,
me dedico oficioso
al preciso cuidado
de la labor, y cria del ganado.
Fomento al artesano, que prudente,
me sirve puntual y diligente.
No le atraso la paga al jornalero,
ni les portes defraudo al arriero:
ni jamas regateo con instancia
al mercader honrado su ganancia.
Ayudo en lo que puedo á mi criado
para que tome estado:
la novia con sus padres solicito;

de órden suyo la pido y facilito:
y efectuado todo,
resulta de este modo,
de su vida leal, honesta y santa,
en número que espanta,
dar en fecundos, rápidos efectos,
al Rey vasallos, y á mi casa afectos.
El año, que por suerte le ha tocado
al labrador honrado,
que fué mi aperador ó carretero,
ser alcalde del pueblo, le venero:
dexando confundida la malicia
de aquel que no respeta la justicia:
porque jamás en público, ni oculto,
de todo atrevimiento y todo insulto,
está el hombre de bien mejor guardado,
que siendo el juez temido y respetado.
Si me piden consejo,
le doy con madurez y con despejo.
No perdono ocasion ni diligencia
de inspirar el respeto y obediencia

á Dios y al Soberano,
y en quanto está en mi mano,
aquel amor debido
á la patria feliz donde he nacido.

CORIDON.

Yo, á excepcion de mis diestros labradores,
y precisos pastores,
solo tengo un criado
para mi servidumbre destinado:
y nunca mas tendria,
aunque toda esa villa fuera mia:
que siendo cuidadoso y diligente,
basta para suplir lo mas urgente;
pues como ellos abunden,
entre si se descuidan y confunden:
resultando, además de la desidia,
discordia, emulacion, quejas y envidia:
y así dexo mas gentes á la guerra,
y al preciso cultivo de la tierra.

Siempre me considero solamente
un hermano mayor de mi sirviente;
pues por mas dignidad que á mí me sobre,
él siempre es de mi especie aunque mas pobre:
y aunque con justa mano y fe cumplida,
yo le dé su salario y la comida,
él me ayuda en mil cosas,
que yo no puedo hacer por muy penosas.
Nunca le castigo mucho, ni le estrecho,
para que sirva alegre y satisfecho;
pues si él está oprimido y acosado,
servirá sin amor y sin cuidado.
Huyo siempre el empleo peligroso
de gobernar la casa al poderoso:
jamas de su familia me hago cargo;
pues suele ser encargo
que acarrea, por gages muy freqüentes,
perder la estimacion entre las gentes,
á manos del rencor y la rencilla,
por mas que la intencion sea sencilla.
Trato al hombre jovial, humilde y sano,

y me aparto del vano,
orgulloso y erguido; mas con todo,
á darle me acomodo
aquel ceremonioso tratamiento
del mas artificioso cumplimiento:
que á mí me cuesta poco ser cumplido,
y él con esto se da por muy servido.
Como no tengo pleytos ni qüestiones,
ni eficaces molestas pretensiones,
por lo que toca á mí, los magistrados
viven bien descansados;
pues como nunca así los necesito,
jamás los incomodo ni visito.
Huyo las concurrencias y parages
en donde se murmura de linages:
pues es un bien ó mal de que el mas vano,
ni se puede quejar ni estar ufano;
pues ninguno ha tenido
libertad ni eleccion de haber nacido:
además de ser estas unas cosas
las mas veces dudosas:

que la verdad en ellas se desquicia,
por equivocacion ó por malicia;
y en este mundo vario,
inconstante y voltario,
lleno de falsedad y trato doble,
el mas hombre de bien es el mas noble.
No vario en mi vida
de habitacion, vestido ni comida:
sin salir para nada de mi norma;
y asi por largo tiempo de esta forma
voy contando mis años felizmente,
sin novedad, mudanza ni accidente:
disfrutando los bienes naturales,
ageno de cuidados y de males.
Esta es mi dulce vida: si te agrada,
tuya es, aunque pequeña, mi morada.

SALICIO.

Yo procuro la paz de tal manera,
que porque sea firme y duradera,

en los medios que aplico,
mis propios intereses sacrifico:
y si elogio á un amigo, es de tal suerte,
que la envidia en los otros no despierte,
procurándolo hacer tan oportuno,
que sea sin ofensa de ninguno.
Huyo toda contienda;
á nadie ofendo, porque no me ofenda:
procuro siempre hablar sin arrogancia,
vanagloria y jactancia;
porque á el hombre juicioso,
atento y obsequioso,
moderado y humilde,
es forzoso que menos se le tilde.
Si me ponen un pleyto, me prevengo,
cedo amigablemente, y no le tengo;
y armado de verdad y de justicia,
no temo la impostura y la malicia.
Si alguno me provoca,
jamas oye palabra de mi boca;
pues mas que de valiente,

quiero tener la fama de prudente;
y olvidando la ofensa mas crecida,
jamás el beneficio se me olvida.
Procuro dar exemplo
en los parages públicos y el templo,
aunque yo sea malo; pues con todo,
menos malo seré de aqueste modo.
Modero toda chanza,
temiendo del burlado la venganza:
jamás saco la sátira de quicio,
no ofendiendo al vicioso, sino al vicio;
y aun así, quanto puedo la rehuso,
por las malas resultas de su uso.
Quando excusar no puedo
el falso testimonio y el enredo,
el chisme y la mentira
del hombre malicioso que me tira,
con favores le atraigo,
y á la razon le traigo:
y asi mi sufrimiento y disimulo,
todo lo desvanece y hace nulo;

y confuso con esto mi enemigo,
se suele alguna vez volver amigo.
Con quietud de esta forma me mantengo,
y á todos los demas en ella tengo.
En el prolixo término del dia,
con paz inalterable y alegria,
algunos ratos leo, otros escribo;
y asi ocupado vivo,
y sin otros afanes: de este modo
me sobra mucho tiempo para todo.
Esta es, amigo atento,
la deliciosa vida que te cuento:
si te agrada por quieta y por sencilla,
vente á vivir conmigo a aquesa villa;
y a repetir gozoso
aquel último verso sentencioso
del soneto, jamas bien alabado,
del famoso Lupercio celebrado:
si tan dulce es la vida de la aldea,
¡Ah corte! ¡oh confusion! ¿quién te desea?

TABLA.

PRIMERA DIVISION.

SEGUNDA DIVISION.

TERCERA DIVISION.








SALAS
OBSERVATO
RIORÚSTICO
324
244


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm